

Leveina

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1869. — Tomo XXXIII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.
Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 28. — N° 840.

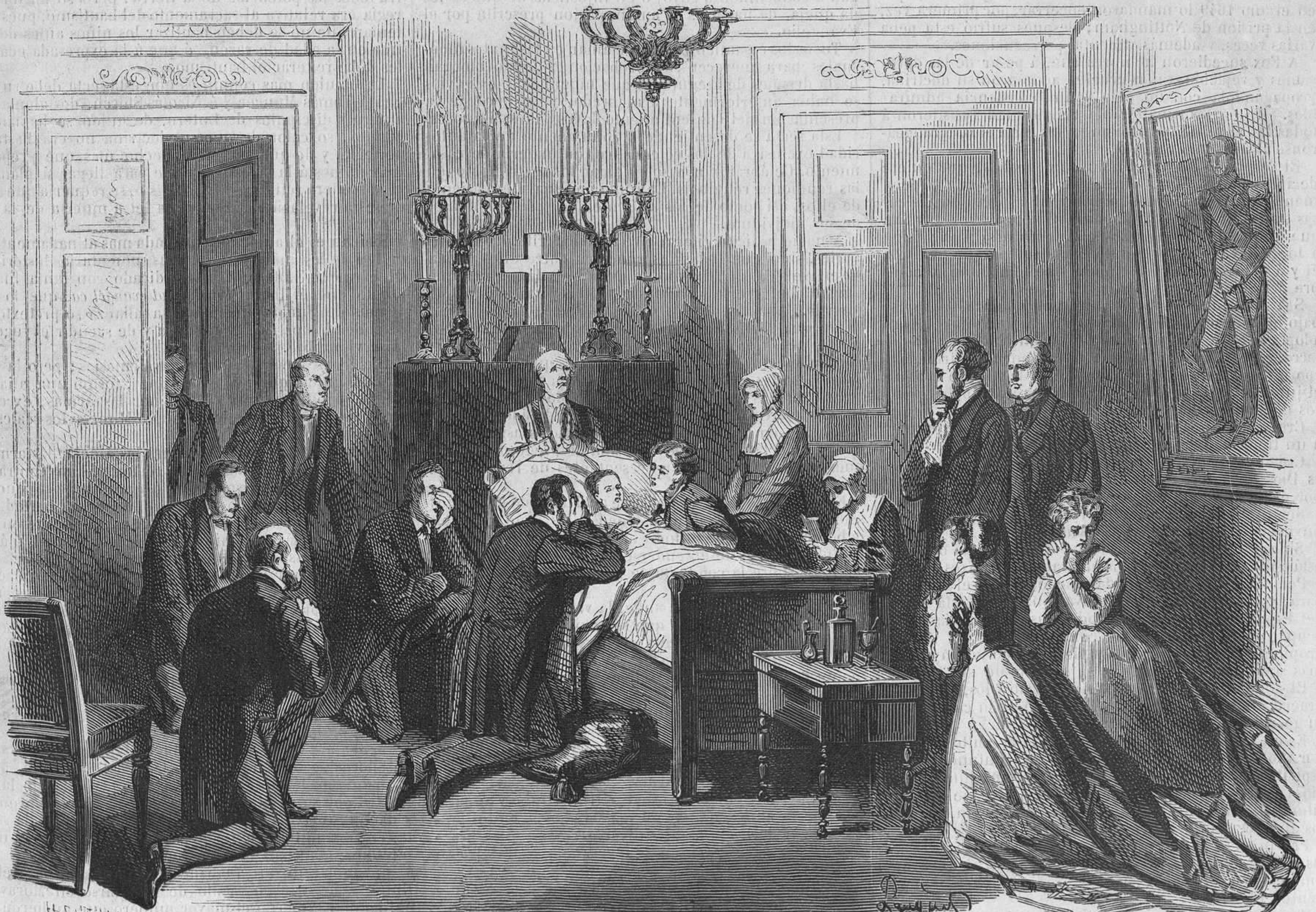
SUMARIO

Muerte del príncipe real de Bélgica; grabado. — Historia de las sectas religiosas. — Rizos-Rhangabé; grabado. — Sucesos de la isla de la Reunion; grabado. — Cuestion de Oriente; grabado. — Revista de Paris. — La embajada china en Paris; grabado. — Manuela, novela original por Eugenio Diaz. — El Voluntario; grabados. — Los obeliscos egipcios; grabados. — Debe y haber. — Un día en Palermo; grabado.

Muerte del príncipe real de Bélgica.

El dibujo que damos en esta primera página ofrece á la vista de nuestros lectores el último cuadro del drama que tan dolorosamente ha entristecido á la Europa durante siete meses y que ha hecho derramar tantas lágrimas.

En los últimos quince dias los boletines de los médicos no dejaban ya esperanza alguna. El dolor de la familia real de Bélgica se hacia á cada momento mas punzante, y el 21 de enero, la agonía del desdichado niño daba principio á una escena indecible de indescriptibles angustias. El rey, la reina... no digamos el rey y la reina, sino el padre y la madre, estaban á cada lado de la cama sosteniendo al niño, cuyo fin ha sido un largo martirio y que con su muerte parece haberse



Los últimos momentos del príncipe real de Bélgica en el palacio de Laeken.

llevado la vida de una familia real y de un país que le adoraban.

¿No era, en verdad, la esperanza de la Bélgica? El príncipe Leopoldo Fernando duque de Brabante, conde de Hainaut, era el heredero de la corona de Bélgica y el único varón que había tenido de su matrimonio el rey reinante. Imposible sería contar las piadosas y delicadas atenciones que se prodigaban al pobre niño. Hacia muchos días que el rey y la reina no habían salido del palacio de Laeken, y desde la víspera del día fatal no se movían de la cabecera de su hijo que ha muerto en sus brazos. La criatura había perdido el conocimiento hacia más de veinte y cuatro horas, y espiró, sin dolor aparente, al cabo de siete meses de padecimientos inauditos.

Su agonía fué larga. El príncipe murió el 22 de enero á la una y cuarto de la madrugada, á la edad de nueve años, siete meses y seis días.

La fatal noticia se esparció con rapidez, y si en todos los países se ha sabido con tristeza, entre los belgas ha causado un dolor profundo. Puede decirse que toda la Bélgica está de luto.

En el número próximo daremos el dibujo del funeral que ha tenido lugar en Laeken el 25, en medio de una inmensa muchedumbre que había acudido para llorar con la real familia al príncipe heredero de la corona de Bélgica.

R. DE M.

Historia de las sectas religiosas.

LOS CUÁQUEROS. — LOS ANABAPTISTAS.

Los amigos ó los *cuáqueros* forman una de las numerosas sectas á que dió origen el protestantismo, y empezó á parecer hácia 1647. El primero que la predicó fué un hombre que se llamaba Jorge Fox, natural de Daryton, en el condado de Leicester, y cuya mocedad se había empleado en el oficio de herbolario, quien observando el desarreglo de muchos de los que profesaban el cristianismo, se presentó resueltamente predicando, con mas celo que cordura, contra la injusticia, la embriaguez y demás vicios de su siglo.

Levantábase al mismo tiempo contra las formas del culto establecidas, contra el uso de los ministros particulares y asalariados, diciendo que todas aquellas instituciones eran contrarias á la autoridad divina. Solía pelear en estos términos por los mercados, las ferias, los palacios y aun en las iglesias.

Esta conducta lo hizo notar de los magistrados, que en el año 1649 lo mandaron encerrar, por primera vez, en la prision de Nottingham; despues sufrió esta pena varias veces, y además violentas persecuciones.

A Fox sucedieron hombres que, á pesar de las opresiones y vejaciones mas crueles, adoptaron su doctrina, propagándola con un celo y una constancia admirables. Su valor, su inalterable religiosidad resistieron á todas las pruebas, y arrollando los escarnios, grangeáronse al fin sumo respeto.

El desprecio les dió el nombre de *uakers*, que quiere decir *temblones*. Unos dicen que el temor que experimentaban en sus juntas públicas, al aspecto de las cosas santas, les dió esta denominación; y otros afirman que uno de los magistrados que acompañó á la prision á Jorge Fox, le llamó con ese nombre, porque le dijo á él y á todos cuantos le seguían que temblaban al nombre del Señor.

Sea cual fuere el origen de este nombre, es aquel bajo el que son mas conocidos, bien que ellos hayan adoptado el de *amigos*. Una ley promulgada en Inglaterra, en el año 1696, otorga á su sencilla afirmación (porque ellos nunca juran) la fuerza legal que alcanza el juramento en justicia. Hé aqui los principales puntos de su doctrina.

Creer que Dios existe en una sola persona, y que es á un tiempo el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Creer que, por un compuesto incomprendible, el Cristo es Dios y hombre; Dios increado, hombre concebido por el Espíritu Santo y nacido de la Virgen María.

Segun ellos, las santas Escrituras son inspiraciones enviadas por Dios á hombres santos.

Su opinión acerca de la doctrina del pecado original está conforme con la de los cristianos ortodoxos.

Persuadidos de que nada puede hacer el hombre para la gloria de Dios ó su salvación, si no está lleno del Espíritu Santo, miran todas las ceremonias que ocupan la atención como contrarias á aquel influjo propio del verdadero culto, y piensan que no hay nada mas sublime y religioso que el silencio de sus juntas.

El alma, dicen, puede comunicar con Dios, sentir su gracia, alabarle, adorarle, y hallar en él su consuelo y su gozo sin el auxilio de la palabra.

Es un deber riguroso reunirse para el culto del Señor, porque entonces, encontrándose confundidos los espíritus mal preparados en medio de una junta religiosa, el influjo de la divina gracia los dispone mas fácilmente, ora á la oración, ora á la predicación, cuando los enardece el Espíritu Santo.

Provieniendo de la inspiración de Dios toda ciencia de las cosas espirituales, todos, sin distinción de sexo ni condición, pueden hacer oír la predicación cuando se sienten inspirados.

Creer en la resurrección tal como está anunciada en la Escritura.

Acerca del juramento citan estas palabras de Jesucristo:

— También habeis oído que se dijo á vuestros mayores: No jurareis en falso; pero yo os digo mas: que de ningún modo jureis, *sin justo motivo*, ni por el cielo ni por la tierra. Sea vuestro modo de hablar, sí, sí: ó no, no: que lo que pasa de esto, de mal principio proviene.

También citan las palabras del apóstol Jaime.

— Sobre todo, hermanos míos, no jureis ni por el cielo ni por la tierra, ni por nada del mundo; sea sí, sí, y no, no; no fuese que pecaseis diciendo mas.

Creer que las guerras y peleas repugnan, por el origen y los efectos, al espíritu y á la doctrina de Cristo, llamado por su excelencia príncipe de la paz.

Afirman que no es lícito á cristianos dar ni recibir títulos de honor, tales como su santidad, vuestra majestad, vuestra excelencia, etc.

Tampoco está conforme, segun ellos, emplear frases de cumplimientos, como su mas humilde y obediente servidor; tampoco debe uno arrodillarse en presencia de ningún hombre, ni saludar, ni descubrirse en ninguna circunstancia, porque todas estas son señales reservadas á la adoración de Dios solo.

Deben además los cristianos renunciar á todas las superfluidades que solo sirven para balagar la vanagloria, así como á los vanos afeites; la caza, las diversiones, los juegos, que miran los cristianos como recreos, les parecen indignos del nombre que llevan; las chanzas, los retruécanos y las palabras inútiles les parecen ajenas de la libertad cristiana y del inocente júbilo.

Relativamente á la libertad religiosa, piensan que son sagrados é inalienables los derechos de la conciencia, rendidos al solo registro de Dios, que no ha dado á ningún hombre ni á ninguna reunión de hombres el derecho de imponer su religión.

Tienen juntas mensuales, trimestrales y anuales para tratar de la disciplina de su iglesia. Las juntas mensuales se forman de varias congregaciones, unidas las unas á las otras, y es de su competencia afianzar el mantenimiento de los pobres y proveer á la educación de sus hijos, juzgar de la sinceridad de las personas que pretenden estar convencidas de sus principios religiosos, y si es conveniente admitirlos como á miembros de su iglesia; examinar los desórdenes cometidos por los miembros, y si los conceptúan indiseulpables, desecharlos de su comunión.

Igualmente libran certificados de conducta é inscripción á aquellos miembros, á quienes una nueva residencia obliga á entrar en otras juntas, pues sin este requisito no serían admitidos.

Cada junta mensual nombra inspectores encargados, cuando algunos miembros incurrían en deslices que llegan á conocimiento suyo, ó en injusticias de que se les da queja, de hacerles la amonestación prescrita por el Evangelio.

Todos los casamientos se proclaman en las juntas mensuales para merecer su aprobación, que no otorgan hasta despues de aseguradas que ninguno de los novios se había anteriormente apalabrado, y despues de la presentación del consentimiento de los padres ó tutores.

Esta secta se desentiende absolutamente de la autoridad exclusiva de los eclesiásticos en materia de casamiento. Celebranse con solemnidad los matrimonios en las reuniones religiosas. La junta mensual lleva asiento de ellos, así como de los nacimientos y fallecimientos de sus individuos.

A nadie es lícito citar á otro ante los tribunales ordinarios, sino que todas las rencillas entre ellos deben sujetarse al arbitramiento de miembros de la secta, que juzgan con arreglo á formas expeditas y particulares de justicia.

Los que rehusan estos arbitramientos no son reconocidos. Varias juntas mensuales forman una junta trimestral, y envían á ella representantes que manifiesten las respuestas escritas de las juntas mensuales á ciertas informaciones acerca de la conducta de ciertos miembros, y acerca de las cautelas que han debido usar.

Reunen en un solo cuerpo las noticias así adquiridas, y redactándolas bajo la forma de preguntas y respuestas, encárganse los representantes de remitirlas á la junta anual.

En las juntas trimestrales cabe apelación de los juicios sentenciados por las juntas mensuales, que también deben asistir á estas últimas en los negocios arduos, ó cuando parecen desentenderse de la celaduría que les compete sobre la conducta de los individuos que hacen parte de ellas.

Corresponde á la junta anual la vigilancia general de la sociedad en el país en que se encuentra, y segun las urgencias, da avisos, hace arreglos necesarios, ó dirige la ejecución de los que ya hay, y sentencia definitivamente la apelación de los juicios dados por las juntas trimestrales.

Existen varias juntas anuales, á saber; en Lóndres para Inglaterra é Irlanda; en Nueva Inglaterra, Nueva York, Pensilvania, Nueva Jersey, Maryland, Virginia, la Carolina y Georgia, y conservan mutuamente correspondencias segundas y amistosas.

También hay juntas mensuales, trimestrales y anuales de mujeres amigas en las mismas ciudades, en los propios plazos, mas en parajes diversos; y en ellas arreglan la parte de la disciplina cristiana especial á su sexo.

Los que se creen llamados á hablar sobre la religión no son reconocidos inmediatamente ministros del culto por sus hermanos de la junta mensual, sino que se toman el tiempo correspondiente para cerciorarse de

su vocación, y de que se hallan con los requisitos indispensables.

Para que puedan los ministros ilustrarse con los afectuosos consejos de los sugetos de uno ú otro sexo, á quienes su experiencia en materias religiosas ha hecho dignos de este oficio, escogen las juntas mensuales algunos miembros, que se llaman los *antiguos*; y estos tienen reuniones particulares con los ministros aprobados por las juntas mensuales, conocidas bajo el nombre de juntas de los ministros y de los antiguos, donde todos á porfía se estimulan al desempeño de sus respectivos institutos. A veces también avisan en dichas juntas á aquellos cuya conducta no es del todo irreprochable.

Estas juntas se verifican generalmente dentro del plazo de cada junta mensual, trimestral y anual, conformándose con los reglamentos de la junta mensual, que sola puede retocarlos. Los miembros de las expresadas juntas se reúnen con sus hermanos para formar las juntas disciplinarias, y dan cuenta de su conducta á las anuales.

Ningún ministro puede viajar á larga distancia sin un certificado de aprobación de la junta á que pertenece. También tiene esta sociedad juntas para las penalidades, compuestas de miembros elegidos por las juntas trimestrales, cuya institución y denominación pertenece allá al tiempo de la persecución. Se dedican á los asuntos generales de la sociedad en el intervalo de las juntas anuales.

Encuéntrense principalmente los cuáqueros en Inglaterra, Irlanda y en la América del Norte. En el año 1681, Carlos II concedió á Guillermo Penn, en pago de las sumas debidas á su padre, el almirante Penn, una inmensa extensión de terreno en la América setentrional, que recibió de él el nombre de Pensilvania.

Pagó aquellas tierras á los salvajes, y haciendo con ellos un tratado, fundó allí una colonia. Es una observación interesante que todos los demás establecimientos europeos en América se hicieron por la fuerza de las armas, y sin respetar los legítimos derechos de los naturales.

Muchos creen que una nación de cuáqueros no puede existir en medio de los demás; pero, sea como fuere, los hombres de todas religiones deben admirar su creencia tolerante, su caridad universal, su amor al prójimo, su rectitud moral y su estrechísima observancia en todos los compromisos de la vida privada.

Los anabaptistas, propiamente dichos, son una secta de protestantes que asomó por el año 1525 en algunos países de Alemania, y particularmente en Westfalia, en donde cometieron horribles excesos.

Enseñaban que era un crimen jurar, y que un verdadero cristiano no podía ser soldado ni magistrado. Predicaban la comunión de bienes y la sedición contra todas las potencias de la tierra; pero su mayor heresia era relativa al sacramento del bautismo, pues sostenían que no se deben bautizar los niños antes de entrar en la edad de razón, ó que á la expresada edad se les debe reiterar el bautismo.

La opinión mas común es que esta secta debe su origen á Tomás Muncer y á Nicolás Storch, dos alemanes, antiguos discípulos de Lutero, de quien se habían separado, so color de que su doctrina no era bastante perfecta, y de que no había hecho mas que preparar los caminos á la reforma, y que para llegar á plantear la verdadera religión de Jesucristo, se requería que acudiese la revelación á revivir la letra muerta de la Escritura.

Sleidan es el autor que deslinda mas atinadamente el origen de los anabaptistas en sus comentarios históricos. Observa que Lutero había predicado con tanta fuerza por lo que él llama *la libertad evangélica*, que los aldeanos de Suabia hicieron una alianza so pretexto de defender la doctrina evangélica y de sacudir el yugo de la servidumbre.

Hiciéronse reos de horribles demasías; pero la nobleza á quien querían exterminar, formó una alianza y les obligó muy pronto á deponer las armas, excepto en Turinjen, donde había sentado Muncer los reales de su quimérico imperio.

Lutero les escribió para inducirles á dejar las armas; pero siempre en balde; pues redarguyeron contra él su propia doctrina, sosteniendo que, supuesto que la sangre de Jesucristo los había vuelto á la libertad, no podían quedar vasallos de la nobleza. Tales fueron los resultados de la anarquía en que Lutero engolfó á la Alemania con sus opiniones.

Creó precaver las reconvenções que podían hacerse, publicando un libro, en el que invitaba á los príncipes á tomar las armas en contra de aquellos sediciosos que abusaban así de la palabra divina; pero condenaron esta vileza, en aquella época, hasta sus mas fanáticos discípulos.

El conde de Mansfeld, sostenido por la nobleza de Alemania, reunió en efecto tropas y dispersó las gavillas de los rebeldes; pero no por esto quedó destruida la secta de los anabaptistas.

En el año 1534, se encontraron bastante poderosos para enseñorearse de Munster y sostener allí un sitio, bajo el mando de Juan de Leyde, sastré que se hizo declarar rey. El obispo de Munster la reconquistó muy pronto, y dando muerte á Juan de Leyde, no se atrevió la secta, cuyo caudillo había padecido este descalabro, á manifestarse abiertamente en Alemania.

Sin embargo, dos anabaptistas, llamados Gabriel y Hutero, encontraron medio de refugiarse en Moravia, en donde reunieron el mayor número que pudieron de partidarios, á quienes Hutero dió un símbolo y leyes, y les enseñó:

1º Que ellos eran la nacion santa que el Señor habia escogido para constituir la depositaria del verdadero culto.

2º Que cuantas ciudades no ponen todos sus bienes en comun, son impías.

3º Que los cristianos no deben reconocer otros magistrados que los pastores eclesiásticos.

4º Que Jesucristo no es Dios, sino profeta.

5º Que todos los que no se han vuelto á bautizar son infieles, y que el nuevo bautismo anula los casamientos contraídos antes; en fin, que el bautismo no es administrado para borrar el pecado original, sino que es un signo con el que se incorpora un feligrés á la Iglesia.

Hutero no conservó entre sus secuaces mas que una sola práctica de religion, y era el bautismo de los adultos; no les hizo celebrar la cena mas que dos veces al año; les persuadió que pudiesen en comun todos sus bienes, hasta los hijos, para que fuesen todos educados del mismo modo.

Esta república singular formó al principio una sociedad de labradores laboriosos, sobrios, pacíficos y de buenas costumbres; pero no tardaron en introducirse entre ellos el devaneo y la irreligion: Hutero y Gabriel no pudieron avenirse por mucho tiempo: el primero no cesaba de zaherir á los magistrados y toda especie de autoridad; el segundo, mas moderado, queria que se conformasen con las leyes del pais en que estaban. Así se formaron dos partidos, uno de los *gabrielistas*, otro de los *huteristas*, que se excomulgaron mutuamente.

Después de la muerte de Hutero, que fué castigado con pena capital, como á heresiarca sedicioso, reuniéronse las dos sectas bajo el mando de Gabriel; pero no pudo restablecer entre ellas el orden ni la regularidad de costumbres; antes bien, haciéndose odioso á toda la secta, lo hizo esta desterrar de Moravia; y retirándose á Polonia, murió en sumo desamparo. Los *hermanos Moravos* no tardaron en dispersarse por su parte.

Por el año 1536, Simon Menno, eclesiástico apóstata, ensayó de hacer en Holanda lo que Gabriel y Hutero habían hecho en Moravia: emprendió reunir las diferentes sectas de anabaptistas, y lo logró, hasta cierto punto, con sus predicaciones, escritos y continuos viajes, infundiéndoles sentimientos mas comedidos que los de sus caudillos anteriores.

En el día, casi todos los anabaptistas son *menmionistas*, cuya creencia se reduce á los puntos siguientes: No administran el bautismo á los niños, sino únicamente á los adultos capaces de dar razon de su fe; afirman que Jesucristo no está realmente en la Eucaristía, y se abstienen de juramentos, pues su mera palabra tiene la misma fuerza ante los tribunales.

Miran como ilícitas la guerra y su profesion; pero contribuyen con sus armas á la defensa de la patria. Ya no condenan absolutamente los empleos de la magistratura, pero se retraen de ejercer ninguno de ellos. Se dice que en general sus costumbres son suaves y acendradas; mas como muchos de ellos se han enriquecido con la agricultura y el comercio, se han soslayado de la moral severa de sus mayores.

Se encuentran en algunos puntos de Alemania, en gran número en Holanda, muchos en la América y en los Estados Unidos; mas en Francia apenas se ve ninguno.

Aunque sus doctrinas se asemejen mucho á las de los cuáqueros, sin embargo no se hermanan. Estas doctrinas han venido á parar en no parecerse en nada á la religion católica.

Desterrar á los niños del reino de los cielos es olvidar una de las lecciones mas afectuosas del Evangelio, por cuanto ¿qué le importa el raciocinio á quien posee la inocencia? ¿No ha dicho el Señor: *Sinite parvulos venire ad me*, dejad que los niños vengan á mí?

Ved ahí cómo cuenta un viajero la ceremonia de un bautismo de anabaptistas que presencié en Inglaterra.

El día 22 de agosto de 1829, la extrañeza de la escena me estampó para siempre aquella fecha, habia yo salido de Cambridge, adonde me llevara la nombradía de su universidad, y mi carrera de la mañana me habia conducido á dos leguas de la sabia ciudad, hasta las márgenes del riachuelo que da su nombre al pueblo de Whittlesfordie ó lo recibe de él, que es un lindo pueblecito muy aseado y limpio, con primoroso caserío y barracones cómodos, con ricos ganados, frescos prados y aventajadas caballerías, como todos los pueblos británicos.

Llegó hasta nosotros el anuncio de una gran ceremonia religiosa que habia de verificarse al descampado y al agua libre que me atrajo allí.

Es muy cierto que habia visto muchas ridiculeces religiosas en Inglaterra, y no faltan en un pais en que el tronco del protestantismo se divide en un centenar de ramas; pero esta era sobremanera notable por su rareza, y con todo no se trataba mas que de un bautismo.

Figuraos desde luego que no habia allí padrino, ni madrina, ni monacillo, ni lánguida y alegre parida; sino que los cuarenta y ocho niños para bautizar eran tan altos como yo, y la mayor parte mas viejos; el padrino universal era un hermoso jóven de continente beato, vestido de negro; las pilas bautismales, el cauce del rio de Whittlesfordie. Cuando llegué, iba á empezar la ceremonia.

La mañana era esplendorosa, y el sol centelleaba con matices de oro y fuego en el firmamento; parecia que un sol de Oriente venia á iluminar una ceremonia de todo punto oriental.

Mas de dos mil personas de todos sexos y edades se

apiñaban en derredor del lugar de la escena, que era el paraje vadeable del rio.

Montados los unos á caballo; otros en carros y carruajes, y los mas á pié, todos con la cabeza descubierta, formaban un ancho y grandioso semicírculo que venia por los dos lados á tocar á la ribera del rio y á los muros del castillo, cuyas ventanas estaban llenas de mirones.

Delante de la puerta del noble castillo, y junto á la orilla del agua habia una silla, y subiendo en ella el ministro que llevaba un largo vestido, un gran silencio reinó entre los fieles de la congregacion que estaban colocados al rededor de la silla y circunstantes.

Rompieron cantando un himno, y luego recitaron una larga oracion. Hacia mucha mella en el ánimo aquella ceremonia religiosa ejecutada á la faz del cielo, como en los primeros dias del mundo patriarcal, aquellos cantos que retumbaban en los campos y se expresaban majestuosamente en los aires.

Esta misma oracion, pronunciada en tono compungido y enfático, como rezan todas las sectas protestantes de Inglaterra, oída con un sosiego solemne y piadoso, calaba armónicamente hasta el alma; y todo esto despertaba y hacia vibrar simpáticamente la cuerda de la religiosidad en el corazon de todos los asistentes.

Una vez dicha la oracion, tomó el ministro un Nuevo Testamento, y leyó este texto:

— En verdad, yo os bautizo con agua hasta el arrepentimiento.

Todos los ojos se levantaron ó se bajaron hácia él, y abriéronse todos los oídos para oír su predicacion sobre estas palabras de Cristo. Al concluir, expuso la creencia de su comunión sobre el bautismo, y dijo que el de los niños no era un verdadero bautismo, sino una aspersión escasa y contraria á las leyes de la Iglesia, recitando sobre el particular frases muy hermosas, salpicadas ó cuajadas de muchos textos de la Escritura Sagrada, y el orador puso largamente en contribucion la sacrosanta Biblia.

Para la inteligencia de la ceremonia, es preciso saber que los baptistas miran como dogma capital la necesidad de administrar el bautismo por inmersión. Estas gentes han tomado la Biblia literalmente, sin recordar que los rios de Inglaterra no eran el Ganjes ó el Jordán, y que habitaban en un clima helador, en cotejo de la Siria ó del Indostan.

Como toda secta, se subdividen en dos: los unos son partidarios de la doctrina de Calvino, y los otros de la de Arminio; corrientes en cuanto á la de Calvino; pero ¿quién conoce en el día á Arminio?

Algunos creen que es necesario bautizar, ó valiéndome de sus expresiones teológicas, de rociar á los niños, y se llaman *pedobaptistas*, ó bautizadores de niños; otros que se intitulan *anti-pedobaptistas*, sostienen que esta práctica es inútil, y está en oposicion con los usos y arreglos de la Iglesia primitiva.

Los consabidos pertenecian á estos últimos; y como ya es de presumir, no les faltaban textos y ejemplos bíblicos, y los principales eran el bautismo de San Juan, el de Jesucristo, de San Pablo y el del eunuco etiope. La significacion griega de la palabra *bautismo*, que quiere decir *baño*, *lavadura*, *inmersión*, y la práctica de los primeros cristianos completaban los argumentos del predicador. Todo su auditorio, baptista ó anti-pedobaptista, los recibia como infalible é irrefragables.

Concluido el sermón, cantaron otro himno, rezaron de nuevo, y entonces se retiraron todos los aspirantes al bautismo para preparar su tocador de bautizados.

Al cabo de media hora, se adelantó el administrador, vestido de negro y con la cabeza descubierta, teniendo en la mano un Nuevo Testamento, bajó á la orilla del agua, solemnemente acompañado de varios ministros, mensajeros, antiguos y diáconos, y en pos de ellos iban los cuarenta y ocho neófitos que habian de ser bautizados.

Los hombres vinieron primero: iban de dos en dos, sin sombreros, revestidos con un largo ropaje blanco, ajustado al rededor de los riñones con un ceñidor; algunos tenian, excepcion pavorosamente anti-poética, bonetes de algodón en la cabeza, y presumí que el rubor de enseñar su calvo cráneo les habia hecho adoptar aquel tocado, ordinariamente reservado para el tálamo conyugal, sobre todo, ó especialmente para la horca en Inglaterra.

Detrás de ellos iban las mujeres, que llevaban todas anchos y largos vestidos de muselina blanca, y me aseguraron que para precaver fracasos al entrar en el agua con la ligereza de su tejido, habian hecho guarnecer, con recatada prudencia, el extremo de estos vestidos con un ribete de granitos de plomo.

Todos, hombres y mujeres, se colocaron al rededor del administrador, delante del rio. Por ambos lados de la ribera, los campos, las casas y los árboles se cubrian de una multitud que iba siempre en aumento, que acudía solicita á ver este espectáculo, pero que respetando la libertad religiosa hasta en sus mas extrañas rarezas, estaba quieta é inalterablemente silenciosa.

Después de cantado el himno, leyeron la historia del bautismo del eunuco etiope, paso que la Iglesia griega ha colocado tambien en la liturgia bautismal. El administrador predicó sobre este hecho evangélico durante un cuarto de hora, y empezó realmente el bautismo. Aquí presté mayor atención.

Cogió el administrador á uno de los hombres por la mano y lo llevó al agua diciéndole, conforme iba entrando en ella:

— Mira, esta es el agua; ¿quién puede disuadirte-

lo? Si crees con todo tu corazon, puedes ser bautizado.

Cuando hubo llegado á cierta profundidad, se paró y se colocó á la izquierda del neófito, con la cara vuelta hácia sus espaldas, la diestra en medio de su espinazo, y la izquierda en su vientre, y teniendo en esta mano los dos pulgares del bautizado, con un tono de voz alto y enfático pronunció el administrador esta fórmula sacramental:

— Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo.

Diciendo estas palabras, lo tendió en el agua y lo hundió en ella.

(Se continuará.)

Rizos-Rhangabé,

MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DE GRECIA EN PARIS.

La Conferencia que habia señalado á la Grecia un papel secundario no acogiéndola sino á título consultivo, pudo conocer, desde su primera sesion, que los últimos suelen ser los primeros, como dice el Evangelio. Al llegar á la Conferencia, el señor Rizos-Rhangabé dió cuenta de la actitud que estaba resuelto á tomar segun las instrucciones de su gobierno. Y el ministro de Atenas leyó una nota concebida en los siguientes términos, y dirigida al presidente:

« Siento infinito no poder acceder á la invitacion que me habeis hecho el honor de dirigirme para que asista á la Conferencia con carácter consultivo.

» Como el objeto de la Conferencia era tratar de una desavenencia surgida entre Grecia y Turquía, Grecia no puede figurar en ella sino presentándose en la misma á título de parte interesada, pues que no puede aceptar una posicion de inferioridad respecto de la parte contraria.

» Si tratándose de dos partes contendientes, la una es llamada á tener participacion en la Conferencia en calidad de gran potencia, Grecia sin inmutarse por esta apreciacion, no puede admitir como doctrina que solo las grandes potencias tengan el derecho de disfrutar en su propia causa del de voz, mientras se niega á sus adversarios.

» Si es á título de firmante del tratado de 1856 que se ha admitido á Turquía en la Conferencia, excluyendo de ella á Grecia, debo hacer observar que el incidente especial á que la Conferencia se propone circunscribir sus tareas, es del todo extraño á las estipulaciones de ese tratado que, tomado por base de la Conferencia, tiene el grave inconveniente de dar en ella participacion desigual á las dos partes igualmente interesadas que tienen mútuas quejas de sí.

» Ya se proponga la Conferencia llevar á cabo una obra de arbitraje ó de conciliacion, en ambos casos, Grecia debe asistir á ella revestida de igual carácter que Turquía.

» Confiado en los sentimientos de equidad de los individuos de la Conferencia, tengo el honor de presentarles esta reclamacion.

» En el caso de que la Conferencia crea que no debe atenderla, tengo orden de retirarme y de no tomar parte en sus deliberaciones. — RHANGABÉ. »

Los plenipotenciarios de la reunion no acogieron la demanda del representante griego; pero esta parcialidad, que deja á la Turquía juez y parte en su propia causa, no parece ha aprovechado mucho á la obra de la Conferencia, puesto que el gobierno helénico ha quedado en libertad de rechazar una declaracion que condenaria su política.

Esta firme actitud del enviado extraordinario del ministerio Bulgaris no podia menos de llamar la atencion respecto del señor Rizos-Rhangabé, que desde hace quince dias es el personaje mas en evidencia del mundo diplomático de Paris. Por esta razon damos su retrato, y vamos á recordar al mismo tiempo los títulos que le han puesto en primera linea entre los hombres políticos de Grecia.

Rizos-Rhangabé nació en Constantinopla en 1810. Su padre era poeta y hombre científico, y el hijo ha permanecido, como su padre, fiel al culto de la ciencia y la poesia. Después de haber hecho sus primeras armas en el ejército bávaro, tomó servicio en el ejército griego. Pero el estudio tenia para él mas seducciones que el arte militar, y á su profundo saber debió que le nombraran muy luego profesor de arqueologia en Atenas. Doce años ocupó dignamente esa cathedra, y él fué quien descubrió el templo de Juno, y quien ha devuelto al arte obras maestras que yacian olvidadas en el polvo. La universidad le nombró rector para demostrarle su agradecimiento.

El arte, la poesia y las letras son sin duda grandes atractivos en un pais que ha sido una de las raices de nuestra civilizacion; mas la Grecia está hoy constituida de tal modo, que todas las fuerzas vivas del pais se utilizan para la emancipacion de la raza cristiana, y para hacer que triunfe la cruz de la media-luna. Rizos-Rhangabé se ha visto pues obligado, como todos sus conciudadanos ilustres, á ingresar en las filas de esa falange que siempre está alerta, y que no soltará las armas

hasta el día en que el islamismo sea rechazado á Asia.

La política ha sido pues la carrera militante de M. Rhangabé. De 1856 á 1859 fué sucesivamente ministro de la Casa del rey, ministro de Negocios extranjeros, embajador en América y enviado extraordinario en París. ¿No prueba este último cargo la alta opinion que tiene en sus luces el gobierno helénico?

El enviado extraordinario de la Grecia es de corta estatura; pero bajo esas formas angulosas y adelgazadas por el estudio, ¿qué nobleza en su aire, qué llama en su mirada firme y recta!

Añadiremos que las simpatías con que cuenta hoy en Francia el representante de Grecia, no pueden menos de fortalecerse en lo futuro. El señor Rizos-Rhangabé es un admirador de la Francia. En 1839, él fué quien pronunció el elogio del distinguido helenista M. Fabvier, y en una de sus obras hace hablar á la Francia de este modo: « Dame tu fe, yo te daré en cambio la antorcha que disipa las tinieblas de la superstición, una religion de esperanza y no de temor, una filosofía risueña, el hilo de Ariadna, en fin, que conduce á la libertad. »

Rizos-Rhangabé, como todos sus correligionarios, abraza una firme convicción en cuanto al triunfo de su causa. No hay duda que la Grecia es débil, y que la cruz todavía está en Oriente bajo la dominación de la media-luna; pero preguntad á Rhangabé lo que constituye su fuerza, y os responderá que la Grecia se parece al Piamonte luchando penosamente contra el Austria. Tiene en su favor la idea, y cuando se arroja una mirada á la marcha de los sucesos en Oriente desde hace medio siglo, es imposible no reconocer que la idea cristiana se levanta, y que la Turquía va en decadencia.

H. C.



Rizos-Rhangabé, ministro plenipotenciario de Grecia en París.

Sucesos

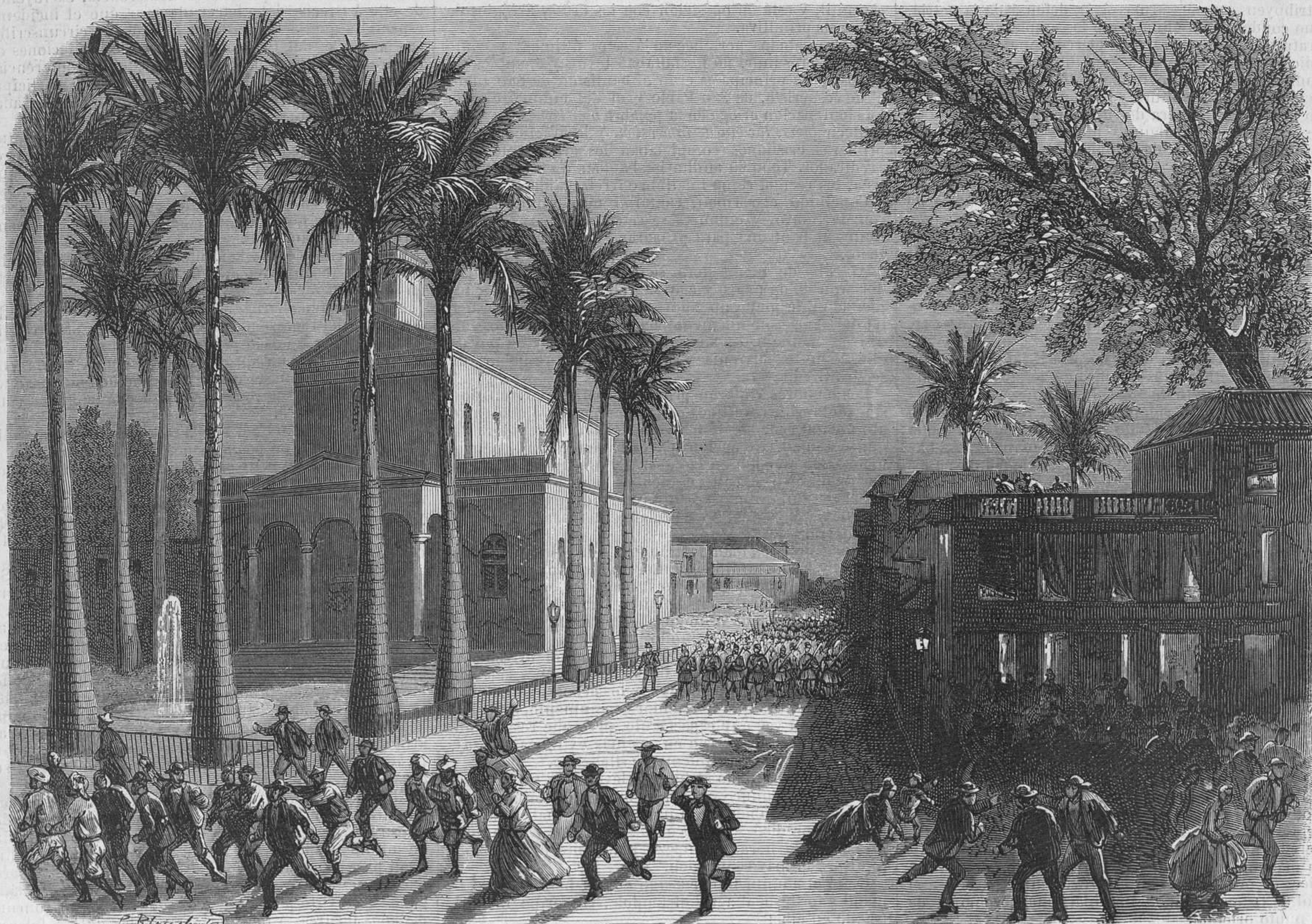
DE LA ISLA DE LA REUNION.

La colonia francesa de la isla de la Reunion acaba de atravesar, del 29 de noviembre al 2 de diciembre, una crisis terrible que ha traído consigo escenas sangrientas. Nos limitaremos á resumir aquí estos tristes sucesos que el parte oficial del contra-almirante Dupré y la carta dirigida á los periódicos de París por los notables de Saint-Denis presentan de un modo que no puede dejar ninguna duda sobre el fondo de tan deplorable historia.

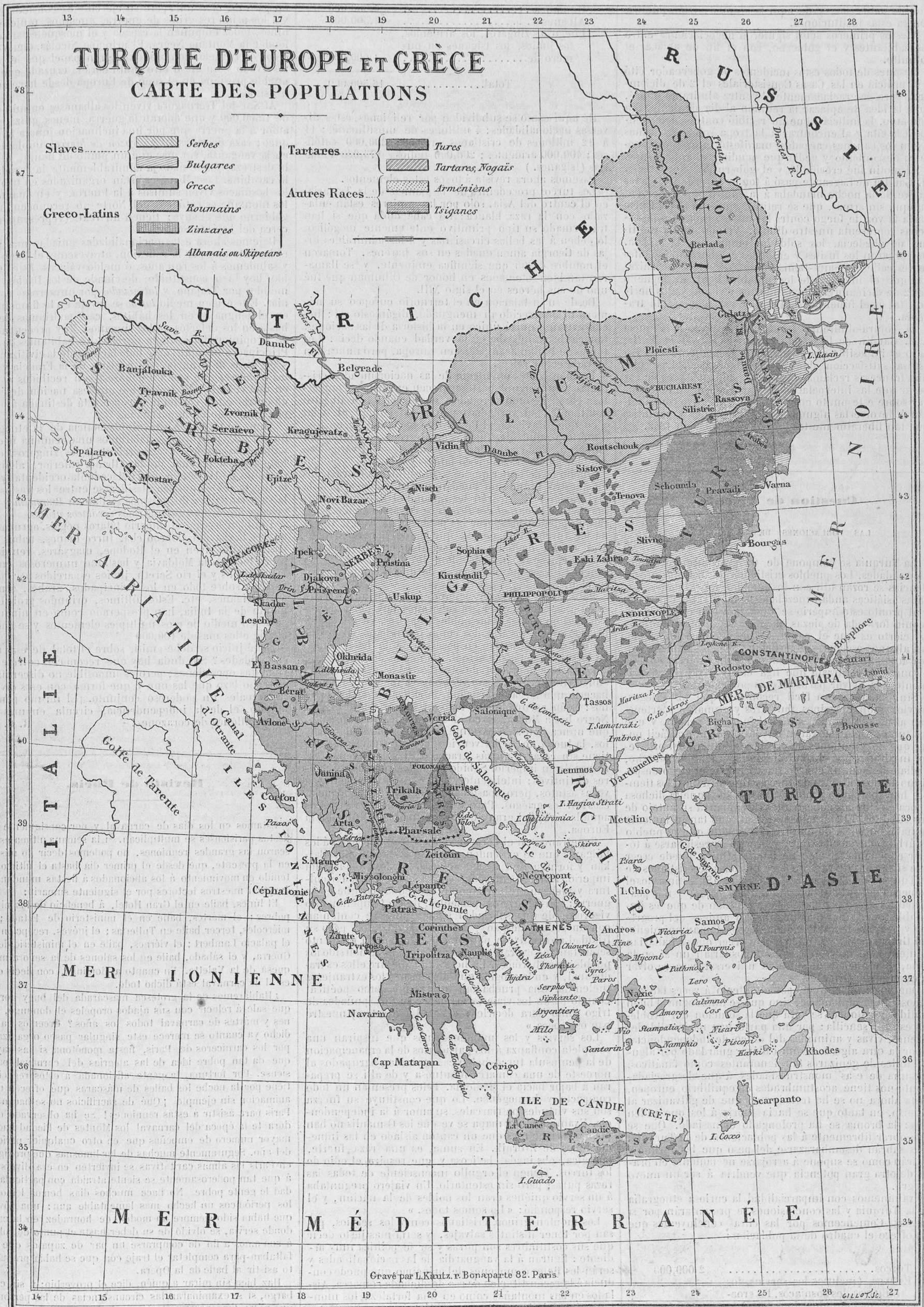
Hace largo tiempo que un descontento profundo divide en la isla de la Reunion á la población y al gobierno, descontento que llegó al colmo con la ardiente polémica entablada entre el *Journal du Commerce*, órgano democrático y *la Malle*, publicación adicta al clero.

En medio de esta contienda, un rumor ofensivo para la moralidad del redactor de *la Malle* vino á apasionar mas todavía á los habitantes de Saint-Denis. Esta fué la chispa que provocó el incendio.

El 29 de noviembre una compacta muchedumbre se dirigió á la casa del director, al establecimiento de los Jesuitas y á la habitación del director del interior M. Gaudin de Lagrange, cuya administración era antipática á la colonia, al mismo tiempo que otros grupos saqueaban los establecimientos de los padres del Espíritu Santo y del Sagrado Corazón de María, que encierran una penitenciaría y una escuela profesional. El trabajo de estas casas subvencionadas por el presupuesto, hace á la industria una competencia que ha causado la ruina de una por-



Sucesos de la isla de la Reunion. — Escena en la calle de la Iglesia.



LA CUESTION DE ORIENTE. — Mapa que demuestra la relacion existente entre la raza musulmana y las razas cristianas en la Turquía de Europa y en Grecia.

ción de industrias, y de aquí la animadversión pública contra estas instituciones.

A estos primeros actos siguieron negociaciones entre los habitantes y el gobierno, con el fin de aplacar el tumulto.

Después de todos estos incidentes el gobernador citó á la milicia en las Casas Consistoriales el 2 de diciembre; pero desgraciadamente el contra-almirante Dupré, tuvo la idea de aplazar la reunión al día siguiente. Sin embargo, la milicia, que no recibió contraórden, acudió á la cita y al encontrar á la tropa sobre las armas y con los cañones cargados, manifestó tumultuosamente su descontento y pedía que acudiera el gobernador.

El motín fué creciendo y el gobernador no parecía. M. Gaudin de Lagrange pasó á tomar las órdenes, y á las nueve de la noche mandaba á la multitud exasperada, aunque sin armas, que se retirase, pues de lo contrario daría la voz de fuego contra las masas. Una de estas escenas representa nuestro dibujo. Viendo que la multitud no obedecía, los soldados emplearon la fuerza. Descargaron los fusiles y entonces comenzó en las diferentes calles de Saint-Denis una persecución encarnizada, que el informe de los notables llama el degüello del 2 de diciembre. Cinco muertos y veinte y dos heridos, tal es el fúnebre resultado de esta deplorable tragedia.

El contra-almirante Dupré ha enviado á Francia á M. Gaudin de Lagrange y al redactor de *la Malle*; pero es imposible que el gobierno se contente con esa escasa satisfacción dada á los habitantes. Las colonias francesas reclaman reformas políticas, y es de esperar que las interpelaciones que acaban de tener lugar sobre este punto en el Cuerpo legislativo contribuirán á devolverlas algunas de las libertades y garantías que tan liberalmente les fueron acordadas en 1848.

H. V.

Cuestion de Oriente.

LAS POBLACIONES DE LA TURQUÍA.

La Turquía se compone de un gran número de nacionalidades. Los pueblos cristianos de distintas procedencias se rozan allí con los pueblos musulmanes. Las razas asiáticas andan mezcladas con las razas europeas, y al pronto este imperio se asemeja á una casaca de arlequín formada de piezas encontradas y mal reunidas. Lo cierto es que el reunir las bien parece imposible. Así algunos escritores superficiales se han engañado con esa ausencia aparente de cohesión, sin observar cuál es el punto de contraste que liga entre sí y muy sólidamente á la mayor parte de esas poblaciones.

Sin embargo, era fácil reconocer que los griegos, serbios, montenegrinos, búlgaros y rumanos, pertenecen al mismo campo, sea cual fuere su origen, y que los turcos están solos acantonados en otro; era fácil notar que doce millones de cristianos, amigos del progreso, inspirados por el sentimiento de un buen derecho, pedían de común acuerdo no sufrir mas el ciego despotismo de dos millones de turcos. Gracias á Dios, los tiempos han marchado y no estamos ya en aquella dichosa época en que los gobernantes disponían á su antojo de sus súbditos. El sufragio universal, que tan justamente se halla en boga, demuestra claramente que el pueblo es árbitro de sus destinos, y preciso es resignarse á tomar en cuenta el voto nacional. ¿Quién puede creer que si se consultara á los doce millones de cristianos de la Turquía de Europa, responderían: «Sí, estimamos el gobierno del sultan, adoramos á sus bajás; y nos posternamos á sus plantas en la persuasión de que es imposible tener á mas ilustrados y amigos del progreso, y por consiguiente votamos por el mantenimiento del Gran Turco?» ¿Quién puede creer que se hallarían siquiera cien individuos que depositarian un sí en la urna, si se apelara al sufragio universal para resolver la cuestion de Oriente?

Que no se mire, pues, por el anteojo á veces tan engañoso de la diplomacia, sino que se interroge al buen sentido, y entonces se verá que la solución del problema es muy sencilla: por una parte hay nacionalidades jóvenes, vivas y animadas del deseo de independencia, y por la otra algo como un cadáver guardado por algunos miles de genizaros tan ignorantes como fanáticos. Por una de esas monstruosidades á que desgraciadamente nos tiene acostumbrados el equilibrio europeo, hasta ahora no se ha tratado mas que de galvanizar al muerto, en tanto que se hacia morir á los que piden vida: la broma se ha prolongado demasiado. Que se deje obrar libremente á las poblaciones de la Turquía: ellas sabrán desembarazarse del peso que las oprime y no irán como se supone á arrojarse neciamente en brazos de otra gran potencia que vendría á ser un nuevo peligro.

Examinemos con imparcialidad la curiosa etnografía de la Turquía y las conclusiones se presentarán por sí mismas. Comencemos por las cifras concluyentes que nos ofrece el cuadro de la población:

Turcos.....	2 000,000
Eslavos, (incluidos los serbios, los búlgaros, los bosniacos, los croatas, los montenegrinos, etc.)..	6.000.000
Griegos.....	2.000,000

Rumanos.....	4.000,000
Albaneses.....	1.500,000
Luego los zingaros, los armenios, los judíos, los tsiganes en número de.....	1.000,000
Total.....	16.500,000

Hé aquí cómo se subdividen por religiones estas diversas nacionalidades: 4 millones de musulmanes; 11 á 12 millones de cristianos griegos; 300,000 católicos; 400,000 armenios; 200,000 judíos; 175,000 idólatras (tsiganes.)

Pasemos ahora revista á todos estos elementos.

Los turcos procedentes de la planicie de la Tartaria, en el centro del Asia, solo por las mujeres están enlazados con la raza blanca; no cabe duda que si han trasformado su tipo primitivo enteramente mogólico, lo deben á las bellas circasianas y á las admirables hijas de Georgia amontonadas en sus harenes. Tomaron el nombre de *tur* que significa eminente, y se llamaron también otomanos en honor de Othuman que fué uno de sus héroes en el siglo XIII.

Desde su instalacion en el territorio europeo su número ni ha crecido ni menguado, digámoslo así; hecho extraño, quizá único en la historia de las naciones. Chateaubriand estaba en la verdad cuando decia: Los turcos se hallan acampados en Europa, pero nunca han logrado echar raíces.

Forman islotes en medio de las nacionalidades cristianas y en ninguna parte aparecen en grupos compactos; parecen como arrojados, en dispersion á nuestro continente; su verdadera patria es siempre el Asia, y cuando atraviesan el Bósforo no se hallan ya en una atmósfera saludable. Dueños del terreno, aparecen sin embargo, como cercados y sofocados por el verdadero pueblo, por las razas greco-latinas y eslavas.

Mucho es de temer que esos musulmanes extraviados en nuestro mundo no puedan nunca doblegarse á la civilización: El Alcorán les impone el deber de la ignorancia. El *Journal des Debats* se engaña cuando espera que pueden prosperar las poblaciones bajo la tutela de los turcos. Una nacion que desde hace cuatro siglos no ha dado un paso sensible en un progreso cualquiera, está juzgada. Por lo demás, hasta hay muchos turcos que desesperan de que se mejore su situación.

Peró de los opresores pasemos á los oprimidos, estos soberanos del porvenir, ya soberanos hoy por las aspiraciones generosas y los nobles impulsos. Veamos quiénes son esos *vaias* tratados como un rebaño vil y que sin embargo, se hallan en posesion desde hace tiempo de la supremacía intelectual. Hablemos de los griegos.

La carta etnográfica de nuestro sabio compatriota y amigo, Guillermo Lejean, demuestra mejor que podría hacerlo una larga descripción, la situación de los helenos: están agrupados en todo el litoral desde el Mar Negro hasta Morea, viven al lado de los musulmanes, que nunca han sido bastante poderosos para absorberlos, la lucha no les ha vencido, porque su culto les sostiene sin cesar y quizás gracias á él sobreviven á las ruinas de su imperio. Sabido es cuáles son sus caracteres distintivos: inteligentes, activos, sóbrios, hábiles, á veces astutos, pero apasionados por su independencia, esos son los griegos. Parece que se encuentra en ellos aquella sávia del gran pueblo que fué el institutor de la Europa.

Penetrando en el corazón de la Turquía se halla á los búlgaros que se extienden en toda la region del Balkan y forman una de las mejores nacionalidades del imperio. Estos se entregan con preferencia á la agricultura y piensan ordinariamente mas en la paz que en la guerra: son laboriosos, pacientes, de un temperamento vigoroso, de una sobriedad suma, pues se contentan con un pedazo de pan y una botella de raki; pero su frialdad no excluye el patriotismo, y llegado el momento serán tan perseverantes en la acción como lo han sido los pueblos mas heroicos. La hospitalidad entre ellos es tradicional, y en la acogida que dispensan á los extranjeros suelen dar una prueba tan interesante como poética: cuando pasan los viajeros arrojan á su pies puñados de trigo como para decirles: «Venid á nosotros, nuestro pan os espera.»

Los serbios y los montenegrinos que inspiran una completa confianza á los partidarios de la emancipación de la península turco-helénica, se hallan agrupados al noroeste de una comarca montuosa y de allí se preparan á bajar hácia el Mediodía. Estos presentan un todo compacto y homogéneo. Lo que constituye su fuerza son sus virtudes patriarcales, su amor á la independencia. Examinando el mapa se ve que los Osmanlis no han podido formar mas que un cantón aislado en las inmediaciones de Zvornik. En suma, es una raza fuerte, enérgica, obstinada, belicosa y que respira el odio de los turcos. Tienen el orgullo inconsciente de todas las razas puras, pero sin ostentarlo. Un viajero preguntaba á un serbio quiénes eran los nobles de la nacion, y el serbio respondió: «Lo somos todos.»

Los montenegrinos, cristianos como los serbios, pasan por tener instintos salvajes, y sería mas justo decir que sus costumbres son puras y su fe política muy ardiente: figuran á la vanguardia de las nacionalidades y serán los fieles campeones del principio que puede conducir á la reconstitución de esa desdichada comarca. Aislados en sus montañas como en una fortaleza, los montenegrinos vigilan sin cesar y están siempre dispuestos á combatir. Son poco numerosos, pues su número total

no pasa de cien mil; pero su ejército es considerable, y á los primeros gritos de guerra, ancianos, mujeres y niños, todos empuñan la espada y el mosque para defender la Montaña Negra. El príncipe Nicolás, digno sucesor de Danielo, comprende el gran papel que le está reservado y un día ú otro continuará la cruzada que su pueblo prosigue en el seno de Europa desde hace cuatro siglos.

Al Sur del Tsernagora viven los albaneses en número de 1.500,000 y que adoran la guerra, menos quizá por amor á la guerra que por una inclinación innata al saqueo; raza de *músculos* y *corazon de hierro*, implacable en la venganza, sin mas que un punto de honra, el de la destreza, y que maneja admirablemente la espada y la carabina. Los albaneses están organizados en tribus: los bosniacos viven sumisos á la Puerta, y en cuanto á los montañeses católicos del Norte no reconocen otro gobierno que el suyo: tienen un vekil (representante cerca del bajá de Scutari).

Dejemos ahora estas nacionalidades guiadas mas por el instinto que por la reflexión, atravesemos el Danubio y saludemos á los rumanos, ó moldo-válacos. Este pueblo, hoy bien constituido, desciende de los Dacios, sometidos por Trajano, y *latinizados* por numerosas colonias. Este origen medio *latino* se revela en la fisonomía, en el lenguaje, en los hábitos, casi podríamos decir hasta en los defectos de los rumanos. Muy preocupados de la opinion del resto de Europa, los habitantes de los Principados adoptan sobre todo fácilmente la civilización y las ideas de Francia. Son copistas de la Francia y así los franceses que van á Bucharest son recibidos como en una colonia. Es indudable que esa nacion deseosa de entrar en la corriente europea está destinada á ocupar un puesto de importancia.

Antes de terminar esta rápida noticia de la etnografía del imperio turco, señalaremos una pequeña nacionalidad de pastores y comerciantes, los zingaros, que habitan una porcion de la Albania inferior, algunos cantones de la Tesalia, de la Macedonia occidental y de la Grecia. Estos pueden clasificarse entre los restos de la raza latina, y ellos mismos se llaman *Rummum* y los griegos los llaman *válacos* *cojos* ó *válacos* *negros*.

También hay en el imperio tártaro nogais, agrupados en las bocas del Dobroutcha, turco-manos, tribus de pastores que viven en el Rodope, magyares, reunidos sobre todo en la Moldavia y bastante numerosos entre los Cárpatos y el rio Sereth, judíos esparcidos por todas partes y sobre todo en los Principados, árabes, armenios, tsiganes, etc. Estos últimos, oriundos probablemente de la India, han prosperado como en ninguna parte en medio de esos múltiples elementos y se cuentan de ellos mas de 100,000.

¿Qué juicio se debe emitir sobre el total de esas nacionalidades? Sin duda hay que reconocer entre ellas violentas oposiciones; pero es imposible no discernir el estrecho lazo que las une y que forma con esos diversos ramales un poderoso conjunto. ¡El mismo pensamiento, el de la independencia, circula en mas de doce millones de corazones!

R. C.

Revista de Paris.

Estamos en los dias de carnaval y por consiguiente las fiestas parisienses se multiplican. Si la semana última escasearon las grandes reuniones, no podemos decir lo mismo en la presente, que desde el primer día hasta el último ha tenido en movimiento á los aficionados á fiestas mundanas. Juzguen nuestros lectores por el siguiente sumario:

El lunes, baile en el Gran Hotel, á beneficio de los niños pobres; el martes, baile en el ministerio de Estado; el miércoles, tercer baile en Tullerías; el jueves, recepción en el palacio Lambert; el viernes, baile en el ministerio de la Guerra, y el sábado, baile en los salones de la señora marquesa de la Valette. En cuanto al domingo, con decir que es el de carnaval está dicho todo.

¿Hablaremos de la grotesca mascarada del buey gordo, que sale á relucir con sus ajados oropeles el domingo, lunes y martes de carnaval todos los años? Creemos haber dicho ya cuanto se merece este singular paseo organizado por los carniceros de Paris, fiesta monótona si las hay y que da tan pobre idea de las alegrías del carnaval parisiense. Por fortuna, la gente aficionada á estos regocijos tiene por la noche los bailes de máscaras que ofrecen una animación sin ejemplo. ¿Qué de sacrificios no se hacen en Paris para asistir á estas reuniones! Se ha observado que durante la época del carnaval los Montes de Piedad hacen mayor número de empeños que en otro cualquier período del año. Seguramente muchas de las limosnas que prodigan en Paris las almas caritativas se invierten en esa diversion á que tan poderosamente se siente atraída con particularidad le gente pobre. No hace muchos dias hemos leído en los periódicos un hecho mas lamentable aun: una joven que había sido siempre un modelo de honradez en la casa donde servía, se olvidó de su deber hasta el punto de robar á sus amos á fin de comprarse un par de zapatos que la faltaban para completar el traje con que se había propuesto asistir al baile de la Opera.

Haz bien sin mirar á quién, dice el proverbio; y sin embargo, si se examinaran las circunstancias de las personas que piden limosna se evitaria muchas veces el fomentar el vicio creyendo hacer una obra de caridad. No hay duda que

esto es difícil, ó por lo menos que costaría en muchos casos bastante trabajo; pero también la acción filantrópica sería doblemente meritoria.

Inglatera, que paga setecientos millones de reales cada año de contribución directa para sostener á sus pobres, y privadamente contribuye con sumas inmensas al propio objeto, sin llegar á conseguir la extinción de la mendicidad, está haciendo infinitos ensayos para conseguirlo, y hasta ahora solo uno de ellos ha dado un resultado bastante satisfactorio y á la vez una curiosa enseñanza.

En una población subalterna convinieron los vecinos que á cada pordiosero que en casa ó en la calle, se les presentase pidiendo limosna, le darían una tarjeta para una determinada persona, encargada de examinar la verdadera necesidad del mendigo.

Si dicho mendigo se quejaba de necesidad urgente de alimentación, dicha persona debía suministrarle en el acto el alimento conveniente, que el pobre debía consumir á su vista.

En el caso de ser la pobreza verdadera y el pobre de la localidad, se le socorría con arreglo á su miseria, y en el de ser forastero se le pagaba el viaje, suministrándole otros auxilios hasta su domicilio ó destino.

Cuando los llamados pobres han visto que no podían contar con auxilios directos ya en dinero, ya en víveres, y que se examinaban sus necesidades ficticias por una sola persona, han desaparecido de tal modo, que de cuatrocientas peticiones de auxilios solo veinte y seis han resultado ciertas en la localidad y unas diez y siete fuera de ella; las restantes, es decir, mas de trescientas cincuenta de entre cuatrocientas, han resultado falsas de todo punto y producidas por toda clase de vicios y malas artes.

Hé ahí un medio que podría probarse y que ciertamente en París como en todas partes produciría un excelente resultado.

Volviendo á las fiestas despues de esta digresión, que es en el fondo mas verdaderamente filantrópica de lo que puede parecer á primera vista, tenemos que decir esta semana que los ejercicios de los patinadores en el bosque de Boulogne han debido suspenderse de repente: el frío ha sido ni visto ni oído, como suele decirse. Cuando se organizaba una gran fiesta nocturna sobre el hielo, por el famoso Club de los patinadores, hé aquí que el termómetro subió á diez grados y comenzaron los vientos y las lluvias.

Y por cierto que el temporal ha sido fuerte. En París ha causado daños considerables y las calles se hallaban sembradas de tejas, pizarras y fragmentos de chimeneas. Una de las grandes chimeneas del palacio de Justicia, se desplomó en el patio de la cárcel de la Conserjería hiriendo á dos presos, al uno de ellos con bastante gravedad. La violencia del huracán llegó á tal punto que de la techumbre de la Biblioteca imperial arrancó varias hojas de plomo, una de ellas de 380 kilogramos de peso que fueron á parar á las casas de enfrente causando distintas averías. Por fortuna no hay que deplorar mas que algunos miles de francos de pérdida. En París son bastante raros estos huracanes, y así es que el del 1º de febrero, al cual nos referimos, ha llamado suficientemente la atención para que se consigne en las crónicas parisienses.

Aunque la temporada en que nos hallamos no suele traer á esta capital un crecido número de extranjeros, es decir, esos visitantes que en sus viajes de recreo toman á París como uno de los puntos de escala del itinerario, sin embargo, nunca deja de haber algunos que en medio del invierno, y con su correspondiente guía en la mano, contemplan los monumentos y recorren los establecimientos públicos lo mismo que hace la masa general de los viajeros durante el estío.

Las crónicas judiciales de la semana han contado estos días una curiosa historia, en la que figuran una señora extranjera que visitaba el cuartel de los Inválidos, y uno de los huéspedes septuagenarios de este cuartel que se había empeñado en servir de cicerone contra la voluntad de la dama.

Sabido es que todo extranjero que viene á París no deja de ver el hotel de los Inválidos, donde se halla la tumba del emperador, y que solo se abre ciertos días de la semana que fija el reglamento.

Ahora bien, un día de recepción del mes último, en tanto que la masa de los visitantes recorría los cuatro inmensos refectorios y se extasiaba ante las enormes calderas que sirven para hacer la comida de mas de tres mil soldados, otros circulaban por las diversas partes del edificio examinando las curiosidades que ofrece el establecimiento á los visitantes de todas las naciones.

En los espaciosos soportales que rodean el patio de Honor, una señora extranjera miraba las pinturas al fresco que trazan en las paredes algunas páginas de la historia de Francia, y principalmente los sitios y batallas mas memorables del reinado de Luis XIV, del fundador de ese magnífico cuartel donde acaban su vida los restos mas gloriosos de los ejércitos franceses.

Uno de estos soldados, anciano mas que septuagenario, que no se había contentado con su correspondiente ración de vino bebida ya en el refectorio, fué á continuar sus libaciones á la cantina, donde saboreó abundantemente el vino francés, la cerveza de Flandes y el ajeno suizo. Todo esto mezclado en el mismo recipiente, produjo una alegría inusitada en el inválido, quien sumamente contento de sí mismo manifestaba su gozo marcando el paso en el patio de Honor y blandiendo el bastón, que es el apoyo de su vejez desde hace ya muchos años.

En este estado de jubilación distinguió el inválido á la señora extranjera, inglesa ó alemana, que á corta distancia de él contemplaba una de las pinturas de la galería del Mediodía.

El septuagenario se acercó á la señora con rapidez, y sin preámbulo de ninguna especie se puso á explicar el cuadro que admiraba; pero la dama, que observó al instante el pronunciado olor de la cantina, contestó con una mirada desdeñosa al oficioso cicerone y se dirigió hácia otra pintura.

Poco agradecido en verdad á la mueca que le había valido su explicación proyectada, el inválido siguió á la señora con los ojos, y cuando distinguió que de nuevo fijaba sus miradas en otro fresco donde el pintor ha representado un cuerpo de caballería que pasa al galope por un campo de batalla para cortar la retirada al enemigo, se acercó otra vez con mucha cortesía, pero también con aquel mismo olor que había puesto en fuga á la señora.

El septuagenario quiso volver á sus explicaciones, y de nuevo la desconocida se vió en la precisión de acelerar el paso para librarse de tales importunidades.

Esta persecución del obstinado cicerone había llamado la atención de un oficial del cuerpo de los Inválidos que estaba sentado en un banco, y cansado por fin de su papel de observador, se decidió á poner un término á aquella escena tan desagradable para la señora.

Intervino pues, y ordenó al septuagenario que fuera á pasearse por otra parte y no incomodase á la gente, á lo cual el viejo, enardecido de ira, contestó apostrofando al oficial y llamándole agente de policía.

—¿Con que esas tenemos, pobre anciano? Pues ahora le mando á Vd. que se retire á su cuarto inmediatamente.

Entonces nuestro hombre, ciego ya de cólera, se arrojó sobre su superior, y sin mas ceremonia le dió de bofetadas.

Esta escena escandalosa hizo que acudieran varias personas y luego la guardia, que se llevó al septuagenario preso, no sin trabajo, pues no obstante su avanzada edad, tuvo todavía bastante energía para resistirse á la fuerza pública y para distribuir algunos mojicones á los hombres que la formaban.

Por todos estos hechos, el inválido en cuestión ha debido comparecer ante un consejo de guerra, el cual, gracias á la avanzada edad del delincuente, le ha perdonado aquel acceso de ira debido á la intemperancia.

De todos modos, el caso es bastante raro: un septuagenario que resiste con tanta energía á la guardia armada, despues de haber maltratado á su superior, es un hombre dotado de una organización física que envidiarían muchos mozalbetes.

En otras ocasiones hemos hablado aquí del nuevo entretenimiento á que se entregan con ardor los parisienses en esta temporada. Mientras el mundo elegante ocupa las noches en los teatros, los conciertos y los bailes, otra porción del público, de costumbres menos mundanas, se dirige á las salas de conferencias, donde excepto de cuestiones políticas, se trata de todo, de letras, ciencias y artes.

M. Francisque Sarcey, uno de los críticos teatrales mas estimados, se propuso probar últimamente en una conferencia: «que el actor no debe ser partícipe de la emoción que hace sentir al público,» y esta verdad, que á primera vista parece una paradoja, ha sido solemnemente confirmada en una conferencia posterior, por M. Cremieux, que discurría sobre el arte teatral.

La prueba está en la siguiente anécdota, recuerdo personal evocado por el último de estos dos oradores.

Era en los tiempos de Talma, una vez que el célebre trágico había ido á dar algunas funciones en Nimes, en donde M. Cremieux, que es un abogado de nombradía, se hallaba encargado á la sazón de la defensa de un procesado.

Hacia un calor extraordinario, pues era en el mes de julio, y el joven legista había hablado con tal pasión, que salió inundado de sudor de la sala de audiencia, en donde con tanto brillo había resonado su palabra.

Hé aquí el diálogo que se entabló á la salida entre el actor y el abogado.

—¿Siempre habla Vd. así en estrados, con ese entusiasmo, con ese ardor?

—Siempre.

—Pues señor, lo siento mucho.

—¿Y por qué?

—Por una razón muy sencilla, amigo mio, y es que continuando así, no le doy á Vd. diez años de vida.

—Eso es una broma.

—No hay tal, hablo muy seriamente.

—Pero vamos á ver: ¿acaso Vd. no representa tragedias hace mas de diez años? y no obstante...

—¿Qué niño es Vd.! Yo trabajo en las tablas con mi voz y con mi cerebro; pero nunca con mi alma, nunca con mi corazón.

—¿Qué dice usted?

—Lo que Vd. oye. ¿Quiere Vd. una prueba?

—Sí, señor.

—Pues se la daré á Vd. mañana.

Con efecto, en la noche siguiente, Talma hacia Orestes, y M. Cremieux, sentado en un palco del mismo escenario, esperaba con ansia la prometida prueba.

Por fin, llegó el momento: Talma estaba en escena con su confidente.

Al llegar al pasaje llamado de los furiosos de Orestes, y en el mismo instante en que los espectadores entusiasmados aplaudían con todas sus fuerzas, cuando el mismo

M. Cremieux, conmovido hasta el fondo de sus entrañas, contenía su aliento, Talma dijo á Pilades dos ó tres chanzonetas de brocha gorda.

—La prueba es concluyente, exclamó M. Cremieux, y se apresuró á salir del teatro.

Tal es la anécdota, que no chocará sin duda á los que están familiarizados con las cosas teatrales.

Poco tenemos que decir hoy sobre los teatros parisienses. En el Francés se estudia una nueva obra de M. Octavio Feuillet, titulada *Julia*, y Alejandro Dumas, hijo, y Victoriano Sardou, han concluido ya las producciones que tienen prometidas al Gimnasio y á la Puerta de Saint-Martin. Por consiguiente, podemos contar con tres novedades importantes.

Entre tanto diremos que en medio de los dramas de grande espectáculo y de las grotescas farsas de carnaval que se han estrenado en varios de los teatros parisienses, resalta, como una joya de un gran valor literario, una píccita en un acto de M. Coppée, titulada: *el Passant*, y representada con gran éxito en el Odeon. M. Coppée es un poeta conocido por sus composiciones líricas, y que acaba de darse á conocer en el teatro con esa producción que rebosa gracia y sentimiento.

¡Qué precioso cuadro! Una cortesana hastiada de fiestas y placeres, piensa, en su tedio mortal, que nunca ha conocido el verdadero amor, y pretende conocerle haciendo amistad con un joven llamado Zanetto, de alma virginal, y que se complace en una vida toda de ilusiones.

Zanetto resume el ideal del amor puro y casto; pero la cortesana, conmovida con el contraste que ella ofrece puesta en parangón con el bello adolescente, retrocede en su propósito, y consagra todos sus esfuerzos á persuadir al joven que huya de ella, que huya cuanto antes. El recuerdo de esta buena acción será la recompensa, será la única alegría de la cortesana arrepentida.

Dos actrices de talento, las señoras Agar y Sarah Bernhardt, interpretan delicadamente esta bonita obra, que se reduce simplemente á un diálogo tan sentimental como poético.

MARIANO URRABIETA.

La embajada china en París.

No es la primera vez que vienen chinos á Francia con carácter oficial; pero sí es la primera que la China toma la iniciativa de enviar plenipotenciarios para hacer proposiciones de arreglos pacíficos. No han sido pues estériles los paseos militares hasta la capital del Celeste Imperio. Con su inteligencia sutil y perspicaz, los mandarines que gobiernan la tierra de las flores no han querido que la lección no aprovechara: cuando los vieron de cerca, comprendieron cuán inferiores son por muchos conceptos á los que llamaban bárbaros y consideraban como tales, lo mismo que la antigua Roma.

El primer paso estaba dado, paso capital en verdad, pues de este á los otros no hay gran distancia.

Con un poco de ayuda esta distancia se atravesó, y este es aquí el punto importante.

De todas las naciones que forman lo que llaman el concierto de los pueblos civilizados, ninguna hoy conoce mejor la China que la grande y fuerte raza que tan sólidamente ha constituido los Estados Unidos de América. Ha visto de cerca lo que puede sacarse de los chinos en la California, por medio de una experiencia que tenía lugar todos los días. Por esto pues, desde que los franceses y los ingleses dispararon el cañon en el rio de las Perlas y en las aguas del rio Amarillo, la América apareció allí para tomar su parte en las ventajas de aquella expedición europea. Mejor que nadie sabía lo que había que hacer, y lo ha hecho.

La misión que hoy desempeña en América y en Europa M. Anson Burlingame, no es mas que una consecuencia forzosa de la expedición á Pekin, que habría podido ser épica en otros tiempos, y cuya verdadera significación buscan todavía muchos de los hombres que se llaman políticos.

M. Anson Burlingame es un americano de origen alemán, y desde muy joven llevó la vida de aventuras de los trabajadores del *Far-West*. Con las fuerzas de la adolescencia, ganó su pan de cada día como *settler* en medio de los que desmontaban selvas vírgenes. Guardó ganados, como guiaba trenes de madera el que fué despues su amigo y presidente de la Union americana, Abraham Lincoln. En América como en todos los pueblos jóvenes, estos antecedentes en nada perjudican al desarrollo entero del hombre, y no le impiden recorrer una noble y hermosa carrera, á veces á una edad en que en la Europa vieja y rezagada el hombre inteligente vegeta todavía sin poder dar vuelo á sus ambiciones.

M. Anson Burlingame no ha cumplido aun cuarenta y siete años, pues nació en 1822. Despues del duro trabajo de que acabamos de hablar, la pacificación diplomática de una contienda sobrevenida entre sus compañeros de desmonte y los indios, le reveló su verdadera vocación. Dejó pues los instrumentos del trabajo y entró en la escuela de derecho dirigida por un jurisconsulto célebre. Luego dejó la escuela de Harvard y al profesor Story para presentarse como abogado ante la justicia, y en Boston fué donde dió á conocer sus eminentes cualidades. Ya en 1848 tenía tal fama, que le eligieron



LA EMBAJADA CHINA EN PARIS.

Kouei-Ping, intérprete de lengua rusa,
M. Emile de Champ, primer secretario,

Lien-Fang, intérprete de lengua francesa
Soun-Tagen, tercer ministro,

M. Anson Burlingame, ministro plenipotenciario,

Schmier, intérprete de lengua inglesa.

Tche-Tagen, segundo ministro.

Foung-Yih, intérprete de lengua francesa.

M. M. Leavy Brown, primer secretario.

miembro de la Cámara de representantes en el Massachusetts, á veinte y tres años. Posteriormente fué nombrado senador por el mismo Estado, y desde entonces tuvo abiertos todos los horizontes políticos.

La presidencia de Abraham Lincoln marca una nueva etapa en la vida ya bien accidentada de M. Anson Burlingame.

Intimo amigo de Lincoln, con quien simpatizaba en ideas liberales y humanas, no debía vacilar en prestar todo el apoyo de su valor personal á la política del nuevo presidente.

M. Anson Burlingame fué encargado de representar á los Estados Unidos en Austria; pero muy luego los grandes sucesos que ocurrían en el extremo Oriente, sucesos extraños, nuevos, le llamaron á otro teatro, donde pudo desarrollar toda su actividad, toda su inteligencia en favor de los intereses de su país y de los grandes intereses de la civilización.

Encargado de representar á los Estados Unidos en la China, y de concluir los tratados que han abierto el Celeste Imperio á todo el comercio del mundo, M. Anson Burlingame se halló en contacto, para la defensa de los intereses comunes, con toda la diplomacia europea, y tanto hizo que se allanaron graves dificultades, procedentes principalmente de la diferencia de nacionalidades y del conocimiento recíproco de los usos y costumbres tan diversos.

Los resultados obtenidos fueron esos tratados de comercio que serían excelentes, si no hubiera que apoyar á menudo el celo de los diplomáticos y los cónsules con una fuerza militar imponente.

Por esta razón, M. Anson Burlingame, mas y mas familiarizado con la China, hubo de comprender que había que completar la obra primitiva, con algo mas notable; que se hacia preciso demostrar que la China no era rebelde á nuestra civilización, para lo cual no había nada mejor que pedir su admisión en el concierto de las naciones civilizadas. Tal es el objeto de la embajada que ha llegado á París, despues de haber pasado por los Estados Unidos y la Inglaterra.

La Europa había tomado la iniciativa de las expediciones lejanas cuando tenía algo que pedir á la China, y ahora á su vez la China toma la iniciativa de venir á nosotros, porque tiene algo que pedirnos. Nada mas natural ni mas justo, pero al mismo tiempo debemos señalar lo que envuelve en el fondo este hecho que parece tan sencillo. Es un acto eminentemente civilizado.

Entre los secretarios de la misión de M. Anson Burlingame, hay un francés, M. Emile de Champ, hijo de un notario de Vincennes, y que se destinó en su juventud al foro y á la administración. Durante algun tiempo M. Emile de Champ estuvo empleado en el Hotel de Villa de París; pero le faltaba la vocación; la voz interior le aconsejaba las aventuras y las lejanas expediciones. Una mañana pues, el jóven no pudo resistir mas, abandonó las plumas y la oficina, y marchó á la China, de donde vuelve (por segunda vez) como segundo secretario de legación, y con el conocimiento profundo de la lengua china, de la que posee en su prodigiosa memoria treinta mil palabras. ¡Qué riqueza! J. B.

(Se continuará.)

Manuela,

NOVELA ORIGINAL POR EUGENIO DIAZ.

(Continuación.)

Rosa dejó las gallinas encerradas, les puso nudo á las cabuyas que suplian la chapa de la puerta de guadua picada, y agarrando una varita en la mano, tomó camino, andando dos ó tres pasos adelante de don Demóstenes.

Cuando se entraron los viajeros al monte mas oscuro, despues de separarse del camino provincial, por el lado de la mata de guayabo, le dijo don Demóstenes á su baquiana:

—¿No cantas como tu hermanita?

—¿Para que me conozcan y me frieguen?

—¿Conque la libertad de cantar tambien la quitan los señores dueños de tierras? El poder de los gavilanes no alcanza á tanto con las avechitas del monte.

—¡Ojalá que eso no mas fuera!

Rosa volvió á quedarse callada, y miraba con susto para todas partes, lleno su corazón de temores, como las esclavas de cuya sangre tenía la honra de haber descendido, cuando estaban escondidas de sus feroces amos. Llevaba sus enaguas arregazadas y saltaba las piedras y los pequeños barriales del camino del Retiro con mucha mas agilidad que el bogotano, y como era conocedora de los sitios, se aprovechaba de las sendas de á pié que se apartaban de los fangales y palizadas. Rosa tenía que esperar cada rato á su púgilo, y en una de esas ocasiones se había parado sobre una piedra cubierta de helechos y musgo, á la sombra de una bejucada oscura de pasifloras, detrás de las cuales se levantaba un pedron estupendo. Habían tomado las cejas y pestañas de Rosa proporciones infinitas, por la oscuridad del bosque, y todo su cuerpo se mostraba imponente como las estatuas de las jóvenes romanas, por la misma pobreza de los vestidos. El espectáculo era solemne, y don De-

móstenes, que tributaba su culto á la naturaleza, tal vez hubiera doblado la rodilla, si la famosa Clotilde no estuviera tan inmediata.

—¿En qué piensas? le dijo el socialista á la triste proletaria del Retiro.

—En mi desdicha, y en que me he de morir muy pronto.

Y saltó de encima de la piedra para seguir su camino. Al cabo de un cuarto de hora se paró la estanciera, y le dijo:

—Mire la copa del dinde grande: desde ahí verá la puerta de la plazuela del Retiro, cubierta de las ramas del monte. Yo me aparto de aquí antes de que me vean de la hacienda. Adiós, don Demóstenes. Dios quiera que le vaya bien en su visita.

—Pues adios, bella Rosa. Mil gracias por tus favores.

No pudo abstenerse don Demóstenes de darle la mano á su baquiana, sin reparar en la mugre del carbon, como se da á las señoritas de alto tono, apretándola y sacudiéndola muchas veces, y hasta iba á darle un abrazo, mas en aquel momento se oyó un silbido que partió de lo mas espeso de las bejucadas.

Rosa corrió como una vena, y don Demóstenes se aproximó al dinde grande; y reparando en una guacharaca que comía las pepas del árbol, le apuntó, disparó, la mató y la tomó en las manos. Colgó el espejo en un tachuelo y se compuso de ligero las barbas y el pelo, y pasó triunfante por la puerta de la plazuela de la hacienda del Retiro.

Cuando sonó la puerta de la plazuela, latieron todos los gozques de las chozas, y goriearon los pericos, y se asomaron algunas personas á las puertas de sus asilos domésticos, entre ellas Clotilde, quien se asustó de ver un cazador de botas y de saco de dril, como si hubiera visto una partida armada de expropiadores de mulas y de ganado. Mandó quitar unas lias de zurrones que el mayordomo había dejado en el corredor, y unos costales viejos; guardó la costura, que era de los últimos remiendos que se pueden hacer á las camisas; entró á componerse el pelo enfrente de su tocador, y salió á colocarse en su asiento, algo trémula y descolorida, sacando un bastidor de bordar que estaba colgado de una estaca de palo. Otra jóven, que cosía junto á Clotilde, tambien cambió su costura por algo mas nuevo, se compuso sus bucles, enderezó las puntas de su pañoleta y se cubrió muy bien los piés, á tiempo que se presentó el cazador enfrente de la puerta y saludó con la mayor cortesía.

—A los piés de Vds., mis señoras.

—Siga Vd., caballero, le dijo Clotilde, un poco asustada.

—Mil gracias, mi señora.

—Tome Vd. asiento.

—Mil gracias. Yo creía que no llegaba. Colon no sufriria tanto buscando el nuevo mundo, como lo que yo he sufrido por hallar esta casa.

El golpe de un tizon que cayó en la puerta de la sala, por el lado del patio interior, regando chispas para todos lados, sorprendió á las tres personas de la visita, las cuales oyeron en seguida estas palabras de rabia:

—¡Echen ese demonio! ¡Que se largue para su casa!

La señorita Clotilde se levantó y vió al denodado Ayacucho, que se bajaba de la mesa del comedor despues de engullirse cinco libras de mantequilla que la misma señorita había dejado allí tapadas con una coyabra. El visitador se levantó de su asiento, y amenazando á su perro con un puntapié, le dijo:

—¿Qué es eso? Maleriado.

—¿No ven? dijo la cocinera; se las ha sorbido como quien se come un huevo.

La señorita salió entonces á la defensa del mestizo, diciendo con mucha dulzura:

—No tenga Vd. cuidado, señor: eso no vale la pena.

Ayacucho se entró á la sala lamiéndose los bigotes, y causando sumo respeto con su grave fisonomía y su talla gigantesca, de las mayores que se conocían en su clase, lo que observado por el amo, fué causa de que les hiciese una explicación á las dos personas que no lo conocían de vista.

—No teman Vds., mis señoras. Es el animal mas galante y fino que se conoce. No muerde á nadie, y fuera de eso sabe tales gracias, que ya lo reputan por sabio en la parroquia, y hasta creen que sabe magnetizar.

—¿Este es el perro que dicen que saca escuditos del fondo del charco del Guadual? dijo la compañera de la señorita Clotilde.

—Es muy capaz de todo eso, mi señora, pero estas anécdotas del bajo pueblo suelen adornarse con circunstancias que los ociosos añaden á su arbitrio, como la señorita debe saberlo, dijo don Demóstenes.

—Es que las noticias corren así, dijo Sildana, que así se llamaba la segunda hermosura del Retiro.

—¡Oh, mi señora! exclamó el bogotano, yo suplico á Vd., sin embargo, que tenga la dignación de suspender el juicio.

Clotilde dió sus órdenes para dar tabaco al visitador bogotano, y habiendo ido su compañera á traer la candelita, conoció aquel que no era señora sino criada la hermosa costurera, así que le vió los piés enteramente descalzos, bien que él no tuviese la culpa de que la criada de la señorita no hubiera tenido un letrado que la distinguiese, porque en cuanto al traje y al peinado, estaba muy parecida á su señora; y esta clase de chascos se repiten en Bogotá con alguna frecuencia, en donde hay criadas blancas y bonitas, parecidas á las señoras. Pero la salida de la criada estuvo muy á tiempo, para que don Demóstenes continuase con el objeto de su viaje, y dijo lo siguiente:

—Por saber de sus propios labios la explicación de la carta que Vd. tuvo la bondad de contestarme, me decidí á atravesar dos leguas de bosque seguido, en guisa de cazador, como Vd. me ve.

—¿Y no mató algunas aves?

—¡Oh, sí! Una guacharaca que tengo la honra de regalar á Vd., como fruto de mi excursión.

—¡Miren la guacharacita de mi señora! exclamó la criada, al volver de la cocina con la candelita.

—Yo he matado esa ave en las selvas, en un dinde muy grande.

—Hasta allí salía á comer las pepas maduras, y luego se volvía, y si no que vean si le falta ó no el dedo mas chiquito de una pata.

—¡Es la mia! dijo la señorita, y de sus ojos rodó una lágrima que no pudo contener.

—Lo siento en el alma, mi señora, y voy á solicitar un par de estas preciosas aves, para reponer la que usted acaba de perder.

—No se moleste, señor, esto no quiere decir nada.

La entrada del jóven Lucinio, hermano mayor de la señorita, hizo terminar la fúnebre escena de la guacharaca, y el asunto de la conversación se cambió por asuntos áridos de cañas, miel, arrendatarios y peones; pero queriendo amenizar un poco la conversación, don Demóstenes se dirigió á la señorita en los términos siguientes:

—Tiene muy buen gusto la señorita en no ocuparse sino de la pintura ó dibujo. El dibujo de sedas, así como el de colores sobre el papel, es un oficio muy digno de las finas manos de una señorita.

—Son parches que no valen nada, dijo la señorita con suma modestia.

—Per el contrario, dijo el bogotano con decisión; yo veo flores sombreadas como por la mano de un hábil dibujante, y líneas de mucho primor.

—Seda enredada, dijo la señorita.

—Lo que no comprendo es la serie de líneas pardas con que se hallan atravesados los espacios, á manera de la ruta de los viajeros ó conquistadores que se nota en algunos mapas de América.

El bogotano se acercó un poco al bastidor, y queriendo examinar de cerca las líneas, ya que se le presentaba la ocasión de lucirse como artista, rompió la ruta del comejen, que es una línea parda en forma de tubo, especie de camino cubierto por el cual se pasean los individuos del hormiguero llamado comejen, que se establece en todos los lugares de tierra caliente en los muebles que son abandonados por algunos meses, y que tienen algunos principios de corrupción.

Viendo la señorita que era un recurso perdido la estrategia de haber bajado el bastidor de la estaca, se quedó petrificada de vergüenza; pero el bogotano no sufrió menor pesadumbre al reparar que el carbon y la mugre de las manos de Rosa se conservaba de una manera visible en sus manos, y que había tenido la imprecación de contaminar las blancas y primorosas manos de la señorita, por apretárselas al tiempo del saludo de costumbre, y salió á pedir agua para lavarse.

A poco rato llamó la cocinera que le había tirado al perro con el tizon, para que la señorita le fuese á oír sus consultas á la despensa, y no podemos prescindir de obsequiar á nuestro lector, con una copia del diálogo que tuvo lugar:

—¿Qué hacemos, Mauricia de mi alma, le decía la señorita á la cocinera, que ni tenemos patas, ni tenemos menudos, ni tenemos lenguas, ni tenemos sesos, ni tenemos nada para un principio, y el mercado no viene hasta la noche?

—Y apostar á venir en último día de la semana, como si fuera Bogotá, para correr á la plaza, y comprar de todo en cualquier día y á cualquier hora. ¿No lo ve sumerced?

—Y no haber sino plátanos, batatas, ahuyamas, frisoles y tasajo.

—Y no saber si es bogotano, neivano, socorrano ó antioqueño para darle por su sazón.

—¿Bogotano, no lo ves? Los bogotanos se conocen de á legua.

—Pues entonces le hacemos batatas y plátanos asados al horno y plátanos en almíbar, una torta de ahuyama, otra de batata y otra de plátano harton; se le dice que es á la italiana, á la francesa y á la inglesa que es del modo que se usa en la casa de monseñor, y ya está la cosa.

—¿Pero qué hacemos de mantequilla?

—Que se coma el poquito que dejó su perro; ¿no ve sumerced? andar con sus perros á la pata para que se los mantengan de balde.

—¿Y sopa?

—Le hago á la jardinera, de caña menudita, los bigados y el pico de la guacharaca; que se la coma, ya que nos hizo el daño.

—¡Ay, mi guacharacita!

—¿Y á qué vino el bogotano?

—A un negocio con papá.

—Sí, papá, dijo la criada, y salió de la despensa casi tan desaviada como había entrado.

Don Lucinio se llevó al bogotano á pasear el trapiche; mientras que salían de los afanes en la casa, lo entretuvo tres horas mortales, en las cuales exhaló algunos bostezos de colegial, acordándose de la oferta de Rosa y del adagio profético de las estancias: «Aun cuando fueres á la casa de tu hermanito, sorbe primero tu caldito.»

Al fin fué al trípiche la plausible noticia de que la comida estaba en la mesa; pero como hay tantas cosas que al hacendado le importan mas que comer á tiem-

po, dejó correr don Lucinio dos y tres avisos de suerte que Clotilde hubo de comer sola, y cuando los dos hombres fueron tuvieron que comer solos. Tal vez la señorita no se detuvo en esperarlos sino un cuarto de hora, por no verse de frente con el bogotano que había visto el comejen de su bastidor; y tal vez el caballero se alegró de no comer en la mesa con una señora inofensiva á quien había causado los males de untarle las manos de carbon, de matarle su guacharaquita, de ensalzarle á su criada con el título de señora y ponerla en afanes el último día de la semana. La presumida Sildana era la única que estaba de buen humor, y cuando iba á la cocina á llevar los platos se reía de una manera muy ostensible.

A poco rato despues de la comida, trató don Demóstenes de viaje. Se puso en pié, abrió por las hojas en blanco un libro muy grande que estaba junto del tintero, en una mesa esquinera y escribió:

« Hermosísima Clotilde, feliz el viajero que ha conseguido llegar á la mansion que esconde tantos hechizos á los ojos de todo el mundo. »

— ¿Qué ha hecho Vd.? le preguntó la señorita cuando vió que el caballero soltaba la pluma.

— Escribir cualquier cosa en el album de Vd., mi señora.

— Es el cuaderno de los apuntes de la sal, los plátano y el tasajo.

— ¿No es el album, pues?

— Yo no tengo album, porque yo no pido limosna con escopeta, como la que piden los salteadores de los caminos.

Cuando se acabó de despedir don Demóstenes de Lucinio y de Clotilde era cerca de la oracion, de manera que pasó casi á oscuras toda la selva, desde la plazuela hasta el camino provincial, embarrándose y tropezándose á cada momento por la falta de su amada baquinana; pero al llegar á la entrada de Malabrigo se encontró con Rosa y ella lo acompañó hasta la parroquia, adonde llegó mucho despues de las ocho. Fué para don Demóstenes un día muy aciago el de las visitas, porque lejos de adelantar en sus amores, parecia que habia retrocedido por las ocurrencias que tuvieron lugar en el Retiro, y esto lo llenó de amargura. Don Demóstenes dijo á Rosa entre muchas cosas que conversaron sobre feudalismo, sobre política y sobre el arte de amar, que un rechazo en amor era lo mismo que en cacería, una pérdida de mucho tiempo y de mucha paciencia. En la casa estaba esperando una desgracia muy grande á nuestro bogotano.

Manuela era la mujer mas oficiosa de cuantas hay en el mundo; tenia el puntillo de que ninguna sabia mejor que ella componer y barrer los cuartos de los hombres, y sabiendo que su huésped no volveria hasta la noche, acometió la obra del arreglo del cuarto con una clase de esmero que cualquiera hubiera dicho que era un rasgo de coquetería; barrió suelo, paredes y techo, desarmó el catre para limpiarlo, sacudió la ropa y limpió y cepilló las botas y los zapatos; ventiló y ordenó de nuevo la ropa que estaba en los baules; limpió y bruñó las tablas de la mesa de la alcoba, y en todo lo que habia encima de la mesa estableció un nuevo orden de cosas, reduciendo las existencias á cinco clases por el método siguiente:

1º Todos los libros, cuadernos y papeles públicos colocados horizontalmente y con los rótulos vueltos para el lado de la pared.

2º Las navajas de afeitarse, tijeras, despabiladeras, anteojos, pinzas, *revólver*, puñal y cortaplumas.

3º Candelero, tintero, salbadera, obleas, botellas, frasquitos y termómetro; y

4º Pájaros disecados, cucarachas, dibujos, mariposas, pepas de árboles, conchas, fósiles y flores.

Cuando entró don Demóstenes en su cuarto y vió el arreglo, se agarró la cabeza con las dos manos, guardó silencio por un minuto y luego prorrumpió en la exclamacion siguiente:

— ¡Oh, qué mano fatal ha pasado por sobre todas mis cosas! ¿Quién me ha trastornado las citas de mis libros? ¿Quién ha revuelto todas las clases y órdenes en los insectos y las plantas cuya clasificacion me habia costado tantos días de trabajo? ¡Oh, cuánta pérdida mientras que yo perdía la cabeza en una visita, que tal vez me sale adversa! ¡Esta ha sido Manuela! ¡El gusto que les da componer mesas como los muchachos, cuando componen tiendas ó altares para jugar! Le compusiera yo á Manuela la despensa, ó la caja de costura, á ver á qué le sabia. Esta ha sido Manuela sin que me quede duda.

La jóven casera de don Demóstenes estaba oyendo desde la puerta de la cocina estas quejas al aire, y acercándose á la puerta de la sala, se expresó en estos términos:

— ¿A ver qué le hizo Manuela, qué es lo que se le ha perdido?

— ¡Oh, las clasificaciones íntegras!

— ¿Una peseta que estaba sobre la mesa, no la *topó* sobre los libros?

— ¿Y las flores disecadas?

— ¿Eso tan seco? ¡Ave María! Allá fueron á dar al muladar con los chicotes y las cáscaras de las frutas.

— ¿Y los borradores?

— ¿Esos papeles tan negros, y tan sucios y tan borseados? ¿No los rasgué, y los emburujé y los eché á la candela?

— ¿Y quién te metió á ti en esos cuidados?

— Por componerle su cuarto, que ya parecia cuarto de locos. ¿Cómo don Alcibiades no se ponía bravo cuando le componia yo sus baules y su mesa? pero con

no volver á entrar jamás en su cuarto está todo acabado.

— Esto es lo que llaman tras de cuernos palos, dijo don Demóstenes; sátiras y gritos despues de un perjuicio que no se puede subsanar con nada de esta vida.

Pasó muy mala noche el bogotano, pensando en sus discursos sociales y en la fatal visita del Retiro, y recordando la muy triste, aunque agradable visita de Malabrigo. Se acordó de que habia dejado su espejo olvidado en la horqueta de un palo de las inmediaciones de las casas del Retiro y esto lo llenó de molestia, porque dentro de un secreto del espejo tenia guardada una carta de cuyo contenido no le convenia en manera alguna que Clotilde ú otra persona se enterase.

XI.

EL MERCADO.

El huésped de la señora Patrocinio se despertó muy afeitado, á causa de un tropel que sintió en los corredores, y á pocos instantes vió por entre las cortinas una luz que vagaba, y oyó los pasos de una persona que cruzaba la sala. Quedóse esperando los resultados de una invasion, atrincherado entre sus cobijas y sus almohadas, á tiempo que se le apareció Manuela, saludándolo con estas palabras:

— Vengo á ver qué se le ofrece, porque me voy.

— No sé; siéntate y me dices qué novedad tenemos.

— ¿Cómo, qué novedad?

— ¿No eran ladrones?

— ¿Luego Vd. los teme?

— No me gustaria que cargasen con la escopeta, el reló y los baules.

— ¿Luego Vd. no dice que lo supérfluo es para el que mas lo necesite? ¿Para qué quiere reló, si hay alguno que no tenga cuatro camisas para mudarse?

— El principio es corriente; pero que comiencen á practicarlos otros, porque una cosa es con guitarra y otra es con violin.

— Sí, señor, una cosa es cacarear y otra poner el huevo; por eso es que no les creo á los que hacen mucho alboroto. ¿Conque no sabe que me voy?

— ¿A dónde, Manuela?

— Al mercado; ¿no me dijo que le avisara?

— Pues espérate, que te voy á encargar algunas cosas.

— ¿Qué descansos los suyos! ¿No ve Vd. que ya quiere amanecer, y si uno va tarde en estos mercados del san Juan, ya halla todo caro?

— ¡Pero si no me acuerdo!

— Pues entonces hasta luego.

— No te vayas: mira...

— Es el susto que no lo deja acordar; diga pronto, porque me voy.

— ¡Ah! Ya me voy acordando: un frasquito de tinta para escribir.

— ¿No mas?

— No sé qué otra cosa...

— Pues diga, pero no me detenga.

— ¡Ah! Los papeles del correo.

— Hasta luego, don Demóstenes, que ya me amanece.

— ¡Que te vaya muy bien; que no te dejes engañar, eh!

— No es tan fácil tragar entero.

— Verás como me sales con tinta blanca, ó semi-blanca, despues que te haya jurado el mercader que es la tinta mas negra, con la que escribe el emperador Napoleon.

— Hasta luego, que me piense mucho.

Se persignó Manuela, y montó en enjalma en un macho que don Eloy le habia prestado, y al fresco delicioso de la mañana emprendió su marcha al mercado de la cabecera del canton.

Pachita corrió ese dia con el cuidado del alojado; pero este, que no se acomodaba en casa cuando estaba ausente la festiva y servicial Manuela, se contentó con hacerle de paso algunos cariños á Pachita, y se fué despues de almorzar á casa de Marta, pasó allá la mayor parte del dia, conversando, leyendo, señalándole á Marta las láminas de los *Misterios de Paris*, y recitándole versos de algunos autores selectos como Espronceda y Zorrilla. De manera que gastó un poco menos de siete horas en dos visitas, una antes de la comida y otra despues, recostado en los juncos de la cama del pan, cuando se cansaba de estar en la hamaca, siendo de advertir que en la casa de Marta estaban ese dia de amasijo, y que el dueño de casa se habia ido al mercado á comprar hierro, acero y algunos preparativos para el san Juan.

Marta era la tercera notabilidad de la parroquia, despues de Manuela y Cecilia. Era blanca y tenia el pelo rubio, hermosos ojos negros y admirable cuerpo. Tenia genio alegre y se reía de todo porque jamás estaba triste. Nadaba muy bien, bailaba con perfeccion y era afamada para el canto de las canciones populares. Su traje era el mismo de su prima Manuela: camisa bordada, enaguas de cintura y pié descalzo. Visitacion, su madre, era hermana de la señora Patrocinio. Marta sabia leer, y aunque era mas verbosa y locuaz que Manuela, no tenia la gracia de locucion de esta, que habia adquirido por herencia, y algun tanto por trato, el estilo de las hijas de Llano-grande, que se expresan por medio de imágenes y figuras rápidas y bellas, y con frases de una naturalidad y sencillez que les ha hecho go-

zar de bien merecida fama. Sin embargo, la conversacion de Marta era entretenida y aun solicitada de los hacendados, de los forasteros y de los estancieros, entre los cuales habia uno que, segun decian, la queria con buenos fines, y tenia bestias y buena estancia.

Marta habia leído el *Compadre Mateo*, que le prestó don Alcibiades cuando estuvo en la parroquia, el *Hijo del Carnaval* y la *Lechera*, que le habia dado don Leocadio; sabia retazos de las cartas de Eloisa y Abelardo, que le regaló don Cosme, habia conversado con gente despreocupada y poco escrupulosa, y era por consiguiente la ilustrada de la parroquia. Se le escapaban algunas burlitas acerca de las velas que llevaban los estancieros á la iglesia, de la bendicion de las semillas el dia de la Candelaria, y de las pesetas de los responsables; y es seguro que de aquí tenia que pasar Marta á la critica sobre la prision de Jonás dentro del vientre de la ballena, sobre el agua que salió de la piedra tocada por la vara de Moisés, y de aquí á la vergüenza de someter el entendimiento á las decisiones de un papa que vive tan lejos de la Nueva Granada. Sus lecturas y la conversacion con personas interesadas en *ilustrar* la parroquia, todo tendia á ir la desprendiendo de creencias que la hacian mirar como supersticiosas, mediante la docilidad con que oia hablar sobre otros asuntos; lo difícil era saber á dónde iria á parar la despreocupacion iniciada por los buenos apóstoles de la civilizacion. Don Demóstenes pasaba ratos muy agradables á su lado. Para comer y para almorzar hubo que llamarlo repetidas veces el dia en que le hizo la visita de que se ha hablado.

(Se continuará.)

El Voluntario.

NOVELA.

(Continuacion.— Véase el numero 839.)

Miguel, solo, entre la poblacion de Maguncia, que respiraba en aquel entreacto del terrible drama del sitio, recorria las calles mirando, forjándose ilusiones. Aquella misma noche se repitió el bombardeo con una furia mas intensa. Los conventos incendiados, los polvorines saltando en los aires, el ruido del hundimiento de las chimeneas, todo esto formaba un estrépito infernal. Las bombas caian como una lluvia en los días que siguieron.

La ciudad entera estaba ruinosa: la cúpula bizantina del Dom, acribillada de balazos de cañon, parecia á punto de desplomarse. Las paredes de tierra encarnada de los monumentos ennegrecidos por el humo del incendio, abiertas por los proyectiles, presentaban actitudes lúgubres. A cada paso la llama y las balas habian dejado señales. Los soldados se reian— eterna risa de nuestra raza — cuando comparaban Maguncia con una *espumadera*. Por entre aquellas ruinas erraban sombras escualidas, pobres diablos que buscaban pan. Por la tarde, de las casas desoladas salian á menudo, como una irónica protesta, ruidos de fiestas: eran los franceses que organizaban bailes, y querian burlarse de la muerte haciendo piruetas.

Merlin de Thionville, en el palacio del gobernador, convidaba á sus recepciones á los vecinos de Maguncia. El fuego de la fusilería interrumpia la danza, y la puntuacion de la música la hacia la artillería con sus estampidos lejanos. Pero á pesar de todo esto, bailaban, y el convencional abria el baile con su uniforme desgarrado por las bayonetas austriacas.

En cuanto al hambre, maldito si hacian caso; las ratas pagaban los gastos de la guerra. Hablábale mucho de una succulenta comida que habia dado á su estado mayor el general Aubert-Dubayet, y que habia consistido en un gato asado servido en medio de doce ratones rellenos de pólvora. Los granaderos le llamaban refinado y goloso.

Lo cierto es que no obstante tantas desgracias, aun se reian.

Cuando se anunció en Maguncia la llegada de los franceses, la mayor parte de las familias ricas se apresuraron á huir en sus berlinas, en las cuales cargaron sus cuadros, sus muebles mas preciosos y sus papeles importantes. Uno de los primeros que recogió los trastos y huyó con mas precipitacion, fué el gobernador, cuya fuga dejó muertos de miedo á los habitantes. El gobernador se llevó sus criados y hasta su perro, que trotaba detrás del carruaje. Por la tarde, en las calles se hablaba con estupor de aquella repentina salida que tantas desgracias presagiaba. ¿Qué desórdenes iban á cometer pues los franceses en Maguncia? Mas á todo esto hé aquí que vieron volver, pasando el puente y entrando en triunfo por la puerta de la ciudad, al perro del gobernador, que regresaba á casa abandonando á su amo fugitivo. El palacio del gobernador estaba desierto, pero la casilla del perro del gobernador ya no estaba vacía.

— Es buena señal, dijeron las mujeres.

Los franceses en cuanto llegaron, adoptaron al perro á quien pusieron por nombre *Federal*. Enseñábanle el ejercicio, y Brutus Toussaint era su maestro.

— ¡Salta por la república, Federal! decia Scévola.

El perro del gobernador saltaba por la república.



EL VOLUNTARIO. — Aquella misma noche se repitió el bombardeo.

— ¡Un gruñido contra Pitt y Coburgo, Federal!

El perro gruñía contra Pitt y Coburgo. Y aquellos pobres diablos sin pan recogían aquí y acullá algunas migajas para el perro.

Sin embargo, no podía durar tanta miseria. Después de haberlo agotado todo, municiones, armas y últimos recursos, Merlin se decidió á tratar.

Miguel andaba dando vueltas una mañana en torno de la catedral, cuando Brutus le dijo con un juramento:

— ¡Mil truenos! ciudadano, tenemos que levantar el campo. Ahora va á haber comidas, según parece, como si un descamisado necesitara comer de otro modo que apretándose la tripa. Nada, nada, hay capitulación: yo por mi parte habría preferido morir de hambre aquí.

— ¿Estás seguro de que capitulan?

— Entra ahí, contestó Brutus señalando la catedral.

Miguel entró en la iglesia. Los húsares se ocupaban en recoger los escasos restos de forraje que un momento habían ocultado las tumbas de los electores y las estatuas de los obispos de Maguncia. La antigua iglesia, el Dom, se encontraba en el estado más lamentable. Las bombas habían penetrado en el coro y estallado entre los mármoles. Las vidrieras de las capillas estaban rotas. Los soldados se habían divertido en pintar con carbon las paredes, en tanto que los proyectiles habían despedazado las estatuas de aquellos terribles obispos de Maguncia, que con su báculo y su espada hacían temblar en sus tronos á los emperadores de Alemania.

— ¿Pero vamos á salir de la ciudad? preguntó Miguel, al cabo que vigilaba á aquel pelotón de hombres.

— Dentro de dos días, según dicen. Estos preparativos confirman la noticia. ¡Oh!... El sitio está acabado.

— ¿Y los voluntarios lo saben?

— No, pero la división Kleber se dispone á la marcha.

No cabía duda, era preciso dejar Maguncia, dejar aquella casa donde vivía la señorita de Smeyer. Miguel sentía que se despedazaba su corazón. Quería ir á ver á Isabel para decirle por última vez que la amaba, y alejarse. Pero no; antes debía ver á Otto. Era la hora del club y día de sesión, y Miguel se dirigió allí en busca de Schwartz.

La sala estaba ya llena, y bajo una bandera tricolor, cuyos pliegues envolvían el busto de Bruto, se alzaba la tribuna, vacía todavía. Los clubistas esperaban sentados en los bancos. Reinaba allí un silencio trágico, y en tanto que la amargura de la situación plegaba todas aquellas frentes, una resignación estoica animaba todas las miradas.

Miguel se sentó entre dos mozos que hablaban de la capitulación como de una cosa segura.

— Una vez que salgan los franceses, decía uno de ellos, el rey de Prusia querrá vengar en nosotros la afrenta que han recibido sus armas. Estamos condenados á muerte.



El perro del gobernador saltando por la república.

— Moriremos, respondió el otro. El presidente del club explicaba ya á la asamblea cuál era la situación de Maguncia. La heroica guarnición

no podía luchar más tiempo. No había forraje, el incendio lo había devorado todo; y faltando el alimento, habían descuartizado á los caballos, que eran ya inútiles, para devorarlos. Los hospitales estaban llenos de enfermos, y no había medicinas: aguas de yerbas en vez de caldo. La miseria, la enfermedad, la muerte por el hambre. No había en toda Maguncia, según decía Merlin, un sitio grande como un sombrero, donde un hombre pudiese estar seguro durante una hora. Era preciso ceder y habían cedido. El rey de Prusia dejaba salir libremente á aquella guarnición de héroes, y con ellos á todos los patriotas de Maguncia que quisiesen seguir al ejército francés.

— Se canjearán, añadió el presidente, por los alemanes que la república tiene prisioneros en Nancy. Y aquí, ciudadanos, tenemos que dar gracias al representante de la Convención, que se ha negado á dejar entregados á los odios y venganzas de la reacción á aquellos de entre nosotros que han abrazado el partido de la libertad.

— ¡Viva Merlin! dijo dando un grito el que estaba al lado de Miguel.

Un jóven se había levantado pidiendo la palabra, y Miguel le vió subir con paso lento y firme los escalones de la tribuna: era Otto.

— Ciudadanos, dijo, habeis oído y comprendido el sentido de la capitulación. Los franceses han defendido nuestros derechos y puesto á salvo nuestra libertad. Podemos seguirlos hasta Francia.

Nada nos detiene. Los granaderos del rey de Prusia nos dejarán pasar: tal es nuestro derecho. ¿Queréis que os diga ahora cuál es nuestro deber?

— Sí, sí, exclamaron muchas voces.

— Nuestro deber es permanecer en la tierra alemana, nuestro deber es quedarnos en Maguncia. Podemos hablar bajo esta bandera francesa, cuyos tres colores dicen libertad, igualdad, fraternidad, pero no podemos reclamar la libertad de nuestros hermanos y del mundo, mas no podemos luchar contra nuestros compatriotas, ni aun en las filas de nuestros libertadores. Seguir al ejército de la Convención, sería desertar nuestra patria. Ciudadanos, debemos permanecer en esta tierra de Germania, que será libre un día, quizás porque hoy la regaremos con nuestra sangre.

— ¡Viva la Alemania!

— ¡Viva la libertad! respondió Otto.

Miguel se sentía electrizado; habría querido ir á su rival y abrazarle.

— Sí, continuaba el jóven, la libertad no solo pide héroes, sino que reclama mártires. Nosotros seremos de esos mártires. Nosotros seremos de esos cuyos nombres se repiten después como sinónimos de heroísmo y de sacrificio á la patria. Nosotros seremos de esos ambiciosos que quieren verter su sangre por su país. Por mi parte juro, en nombre de nuestra querida Alemania, que no saldré de Maguncia, y que esperaré resuelto, sereno y orgulloso, la llegada de nuestros verdugos.

J. C.



— Ciudadanos, debemos permanecer en esta tierra de Germania.

(Se continuará.)

1 **M k d a Y.** (Makéda.)
 2 **H e t t m.** (Eltham.)
 3 **J r o sch.** (Jérusalem?)
 4 **A p m.** (Api-Mou.)
 5 **Sch m a i ou.** (Schémaiou.)
 Gran rio (el Nilo). Pais de los Semitas.

6 **s t n.** (Soutan.)
 7 **S t n si.** (Soutan Si.)
 8 **S t n.** (Soutten.)
 9 **S t m t.** (Souten Maut.)
 10 **S t n i.** (Souténi.)
 11 **O r o.** (Ouro.)
 12 **S ch a.** (Schai.)
 13 **O r.** (Our.)
 14 **S t n n.** (Soutan en de Egipto)

15 **Ra.** Sol.
 16 **Ra-Sol.**
 17 **on.** vivo.
 18 **Phra.** El sol
 19 **on.** vivo.
 20 **N f r sché phib.** (Nofré sché phib ém toou.)
 21 **S Oit** Iluminando el mundo como el sol
 22 **pto sché Phra ém phé.** del cielo.
 23 **Nab-en Schai-né.** Señor de las coronas.
 24 **O m.** (Omi.)
 25 **O moui.** (Vivants.)
 Vivos habitantes. (Hombres justificados)

26 **O m ouï.** Vivos. (Hombres justificados)
 27 **Nk mm.** (Onk ém-mai.)
 28 **M n k.** (Monk.)
 29 **S on k.** (Smk.)
 30 **O n ko baï.** vivante érigée Ame.
 31 **Io òn k nab.** Yo soy señor vivo manifestado
 32 **Na-bou-né Tômi onkou.** Señor de los hombres vivos.

33 **P i t t h m.** (Péit-Thóm.)
 Casa del Criador vivo
 34 **O m man eou baïné òn.** (Nem man baïné on.)
 Viviendo en la morada de gloria de las almas vivas.
 35 **M to hou na-t.** Ante los dioses grandes
 36 **òn o u.** anunciados vivos
 37 **a b ot.** en Abydos.

38 **M t ho.** (Ém-tho.)
 En presencia de Horus el puro reinante despues el padre de él.
 39 **hôr pénoub schai.**
 40 **èn sa tou naf.**
 41 **O pou-nab Ousiré ati nak.** O venerable señor Osiris concede á mí el soplo de vida.
 42 **na hi pé on.** Yo doy á vos mi corazon.

43 **Aïn-nak maï our nib.** Yo muestro á tí la verdad cada dia
 44 **monk nac-labra de tí.**
 45 **òn A mos.** la vida ó engendrado!
 46 **Pen-tôri.** Ese Criador
 47 **nâ-â hi-ra-tphé.** grande arriba del cielo.

48 **Si-so-nk.** Sisonk
 49 **mé-ta-ou Phôn api.** el verídico pontifice grande
 50 **Amoun-ra Sou-tan nétori.** de Amon-Râ Rey de los dioses.
 51 **On tôr kéi nour Péi-tôou noub-èn soït naf to nab sché ni-to oureb.** Vivo criador y bienhechor iluminando el mundo como el señor de las dos montañas solares.

52 **Matoï-naf.** Los guerreros de él
 53 **sché touot èn-khi héli.** como la imagen de un toro furioso.
 54 **A-is-té ber skari-nou ski-to kah h-i.** Hé aquí que el jefe de los vencidos del pais escita se aproxima.
 55 **Annti nak Tyr kah hir né-òn naf.** Nosotros hemos entregado á tí el pais de Tiro con los habitantes de él

56 **Schapi nak skopo si maï nok hi schémaï ennekah.** Toma de tí la espada ó hijo que ama á mí hiere á los países semitas.
 57 **Péi-ber meïof pentori.** El jefe ve ese criador
 58 **io fai hem oubis pef ten-bi hira-tphé er Khem to.** llevándole del gavilan de él las alas por encima del cielo hácia el Egipto.

59 **Né-Rômi, ne-ioumé hina.** Los homi-res, las mujeres con la
 60 **prôt nesen-sus hijos si soutnesche.** raza de sus hijos seis cientos.
 61 **Hi skho smoun thot-en soutan api.** Sobre un lugar excelso se erigirá una estatua del gran rey será
 62 **ont peiran.** dicho su nombre
 63 **Ptolémaïs.** Tolomeo

64 **Pé-ou tôr tat out hroi kéi prot.** El rango supremo establecido divinamente sobre él y la raza
 65 **ènnesfi.** de sus hijos.
 66 **sehapi Tômad.**
 67 **nétouni.** con
 68 **mou vos.**
 69 **hi los.**
 70 **noten sicómoros.**
 71 **su de agua (los remos).**

72 **O u.**
 73 **Tori.** criadores
 74 **òn vivos.**
 75 **Ptah.** abrid
 76 **nak á mí.**
 77 **té-ra.** la puerta.

Los obeliscos egipcios

Y EL SIMBOLISMO DEL VALLE DEL NILO.

(Continuacion.— Véase el N° 839.)

El primer grupo del cuadro de la página 125 ofrece el nombre de *Makeda*, ciudad de Canaan, cuya población fué exterminada por los hebreos (Josué XII, 6).

Etham designa una fortaleza de Judá que fué tomada y desmantelada por el faraon Sisonk, de quien hemos hablado en el número precedente.

El grupo N° 4 nos revela el nombre del Nilo que los egipcios llamaban *Api-mou*, el *Gran Río*, *Grande Agua* y *Noual* (el Agua superior), y de aquí el hebreo *Nahla*, río. El nombre de Moisés que M. Guizot no cree egipcio, significa literalmente, en la antigua lengua de Egipto, *Hijo del agua*. (Mou-si.)

Los egipcios de las primeras edades consideraban el Nilo como una imagen del Ser supremo cuyos tesoros esparcía, y solían darle, como al Sol, el nombre de *Athoum* (Dando-Vida). Luego le identificaron con el agua primordial ó el Nilo celeste, que llamaban *Noum* por contracción de *Nou-oum* (Agua viva), y le representaron bajo la forma de Amon, con una túnica azul y una cara verdosa, la cabeza coronada con un ramo de gladios, teniendo una vasija de donde el agua se escapa por tres chorros, emblema de la participacion de las tres personas de la triada en los beneficios de las inundaciones. El río egipcio en Homero es hijo de Zeus, el soberano de los dios, y Ciceron le llama *el gran Nilus*, padre y vivificador del Egipto.

Con efecto, es el generador del suelo que atraviesa y justifica por su aspecto las bellas comparaciones de la antigüedad: negro como el abismo durante la noche y resplandeciente de estrellas, se enciende de repente al salir el sol y refleja sucesivamente todos los matices de la luz, desde el encarnado mas vivo hasta el azul mas oscuro. Al medio día su color es el del ópal, sin reflejos, y cuando el sol en el ocaso incendia el horizonte, reproduce tambien esos esplendores y parece que sus ondas se convierten en torrentes de fuego.

En los cantos primitivos del valle del Nilo llaman al sol: *Ag-hi-pro*, *Brillante sobre el mundo*, ó *Ak-hi-pro*, *Erigido sobre el mundo*. El rey tambien está *erigido*, es decir, *establecido* sobre el mundo como *sol vivo*, y es delegado del *Sol dispensador de vida*. El mismo Egipto, la tierra santa y favorecida, está *erigida* sobre lo restante del mundo que tiene bajo su direccion, y de ahí el nombre de Egipto *Ak-hi-pro*, del que los griegos hicieron *Agyptos*, y que tambien daban al Nilo, tan justamente llamado el Rey de los rios.

Soutan en egipcio, significa rey, como se ve en la segunda línea de este cuadro, y equivocadamente los egiptólogos han escrito *Soutén*, dándole desinencia femenina. M. J. Oppert ha encontrado en las inscripciones cuneiformes el título de *Soultan* dado por los asirios á los faraones. En la edad media los soberanos egipcios se llamaban aun *Soudans*.

La serpiente *oura*, emblema primitivo de la region inferior ó del Bajo Egipto, era tambien emblema de la soberanía. El griego *basilicos*, real, proviene tambien de *basilicos*, basílico, como ha dicho un sabio orientalista.

La palabra *Schai*, que en un principio designaba al hombre de los campos, al jefe de familia, vino á ser despues sinónimo de *rey*, *dominador*. Precedida del artículo masculino, se pronunciaba *paschai*, de donde proviene sin duda *pacha* (bajá). Las inscripciones llaman á Horus *paschai-toor*, el poderoso dominador. *Schai* significaba jefe *erigido* ó *establecido*.

Los grupos 15 y 16 ofrecen los elementos del título de faraon, que explicó Jeremías (c. XLVI, 2, 17, 18). En tiempos de Moisés los egipcios y los hebreos le escribían ordinariamente con los signos que componen el grupo 17. Los de los N°s 18, 19 y 20 completan y justifican la traduccion que en otra ocasión hemos dado.

En el grupo 21 (tercera línea) la idea de *vida*, de existencia *presente*, se expresa por un pajarillo, uno de los emblemas del ser humano, y se completa con una figura de hombre. En el grupo siguiente al pájaro reemplaza una cruz, otro simbolo de vida, y la palabra *om*, que producen ambos, significa en los textos mas antiguos: *vivo*, *habitante*, *pueblo*. Evidentemente de este arcaísmo y no del latin *homo*, deriva la palabra que nosotros escribimos hoy *hombre*. A los elegidos se les llama en los antiguos rituales: *Omou thpé*, esto es, *habitantes del cielo*.

Posteriormente la letra *r*, que expresa á la vez la idea de *ser* y de *obrar*, se añade al primitivo *óm*, y tenemos *róm*, nombres que los egipcios de las primeras edades se dan á menudo á sí mismos, y que los tsiganes tienen aun en el día en muchos países. *Om* en hebreo, significa *pueblo*, y creemos que las palabras griegas *omou* (conjunto); *omphé*, voz; *omma*, vista y *ómos*, hombro, tienen el mismo origen.

Paralelamente á esta antigua palabra *óm*, vemos figurar en los textos la palabra *ón*, que suele emplearse mas particularmente para indicar la idea de vida ó los individuos vivos, en tanto que *óm* se aplica con preferencia á los habitantes de un lugar; pero luego tambien las dos palabras se emplearon á menudo una por otra, y así vemos en el obelisco la cruz primitiva de

forma latina, que expresa la idea de *vida* absolutamente como la *cruz de asas*.

En el grupo 27 que se refiere á un difunto, la cruz es la inicial de la *ón*, vivo, y el alma se figura con un pájaro de cabeza humana.

En un sarcófago del *Museo egipcio* del Louvre, se ve á las diosas Isis y Nebthi procediendo á la resurreccion de un muerto, en la bóveda donde yace. El efecto de los encantamientos se expresa enérgicamente por el movimiento de las piernas y el estado particular de un órgano. En los diseños siguientes el cuerpo acompañado de su alma, atraviesa las regiones inferiores y aparece por fin ante el Creador, que le concede la vida pura.

La palabra *onk* (N° 24) significa *vivo erigido* y se aplica á los vivos lo mismo que á los muertos resucitados.

El nombre de *Monk* dado al Creador (N° 25), se traduce literalmente por *Formador de vida* y el determinante del grupo es una paleta.

El N° 28 reproduce una fórmula que se halla tambien en la Biblia y en los antiguos libros de la India. Ind'Ra, el dios del día, dice de sí mismo. Yo soy el vivo eterno.

En el último fragmento de la cuarta línea precede á la cruz una cabeza humana que corona el signo de pluralidad y sirve para expresar la palabra *Omou* (hombres ó *Romou* (hombres en movimiento).

En la inscripción N° 31, las almas tienen por emblema una cabeza de oca coronada con el signo de pluralidad. La comparacion de las aguas celestes donde debían viajar los difuntos y de las aguas interiores en donde están los patos, explica este simbolismo que tan extraño nos parece.

Los N°s 32 y 33 nos ofrecen fórmulas análogas á las del homenaje á Horus, que precede ordinariamente á las inscripciones históricas en los obeliscos.

Hemos reproducido bajo el N° 38 el principio de un curioso papiro, publicado por M. Denon, donde se llama á Sisonk el Verdico. Este faraon se apoderó de Jerusalem bajo el reinado de Roboam, y el 1^{er} Libro de los Reyes dice que robó los tesoros del templo y los de la casa real (C. XIV, 26).

Las esculturas de Karnak representan á Roboam con los brazos atados detrás de la espalda, en el número de los cautivos de Sisonk y en esta imagen del hijo de Salomon se reconoce aun una fisonomía judía. Una inscripción colocada en un cartucho dice así: IOUDA MALIK KAH, que quiere decir, *Rey del país de Judá*.

Sisonk no justifica mucho el sobrenombre de *Veridico* con que aparece en estas inscripciones. Muchos monumentos erigidos por sus predecesores ofrecen su nombre grabado en sus propios escudos, cuyos caracteres primitivos han sido raspados, dejando aquí y acullá algunas señales que patentizan el fraude.

Dos grandes estatuas del Museo egipcio del Louvre dan testimonio de estos fraudes en la escritura histórica: una de ellas es la colosal esfinge que se ve á la entrada de la sala baja y que representa al faraon del Mar Rojo. La otra es una estatua de la diosa *Baktah*, llamada *Pacht* por los modernos, que tenía el nombre de *Amenophis*, como la que hay á la izquierda de la entrada.

La segunda inscripción de la octava línea presenta un nuevo ejemplo de la asimilacion de los faranes al Sol.

El nombre de *Matai* que se da á los guerreros egipcios (9^a línea), proviene de *matah*, que significa *derrocar*, *dar la muerte*, lo mismo en egipcio que en hebreo. Los galos daban igualmente este sobrenombre á sus guerreros, y aun hay en la lengua francesa varias palabras que proceden de aquel antiguo origen. El venablo de los galos se llamaba *matarí* (*Comentarios de César*) y *matarí* en egipcio significa lanzar la muerte. El instrumento con que matan los árabes se llama *matrak*.

En un fragmento de inscripción que hemos reproducido bajo el N° 41, la nacion vencida está figurada por un hombre caído, sobre el cual hay un buitre.

Las tres cabezas de Semitas que preceden al signo figurativo del país, en la primera inscripción de la décima línea, suelen encontrarse colocadas como determinante, despues del nombre de *Semi* ó *Schemi* dado á tribus árabes; por esto las hemos atribuido aquí el mismo valor.

El segundo fragmento de la décima línea presenta un curioso pasaje de un monumento de Karnak, donde se cuenta la incursión de una tropa enemiga y el presagio que ve su jefe en el vuelo de un gavilan. Sabido es que el gavilan era el emblema de Horus. El redactor supone que el mismo dios tomó la forma de un gavilan para engañar al enemigo, que fué desbaratado.

El N° 45 figura un fragmento de inscripción copiado de un papiro y que ofrece el recuento de prisioneros hechos en un combate.

El N° 46 reproduce un pasaje de la famosa inscripción de Rosette. En este fragmento la imagen de Tolomeo forma una cruz análoga á la figura que á menudo en los textos como simbolo de bendición y de regeneracion. Otro pasaje de la misma inscripción nos ofrece el altar cruciforme, emblema de los sacrificios y de las buenas obras del hombre y que expresaba tambien el estado inmutable. Su nombre *tat*, significaba ofrenda.

El segundo fragmento de la misma línea nos da el estribillo de un canto de barquero.

Hemos terminado esta série con una invocacion copiada de los rituales funerarios. El difunto está representado por una cruz en la trascripción cursiva que se halla bajo el sexto geroglífico.

Cuando habla Dios, en los antiguos textos, su accion presente se expresa siempre en pasado. El Ser de los seres no conoce el tiempo y su palabra es eterna. A los difuntos admitidos en su presencia les dice: «Nos, he-

mos acordado á tí una vida pura y durable.» Tambien dice á los faranes vivos anunciándoles nuevos favores: «Palabra ha sido dada á tí por Amon-Ra ELLOS QUE ESTÁN EN EL SANTUARIO...»

La asociacion del singular y del plural para expresar á la vez la unidad de naturaleza y la diversidad de atributos en el Ser supremo, aparece con variantes en las inscripciones de todas las edades; pero en los últimos tiempos no se comprendía ya la idea primordial, y los emblemas que la explicaban á la vista no se empleaban ya sino por imitacion.

Nos falta espacio para explicar aquí el curioso y profundo simbolismo de todos los signos que se encuentran en las inscripciones egipcias. El Ser supremo, la Trinidad, el Creador, la Providencia, las divinidades secundarias, el hombre, la vida y la muerte, las penas y las recompensas de la otra vida tienen en ese vasto conjunto su série particular, compuesta de emblemas expresivos. Solamente la monografía de la cruz egipcia exigiria cerca de dos columnas de este periódico, y así debemos limitarnos á decir que sus variantes principales representan al hombre vivo ó la vida, la invocacion (homo invocans), y el Dios invocado, la resurreccion ó la *vida nueva* y la inmortalidad que llaman los textos *vida real* ó *vida pura*.

A consecuencia de las inundaciones del Nilo, el suelo, húmedo todavia, se cubre de escarabajos que salen del fango con los primeros gérmenes de las plantas. Este fenómeno que se producía en tiempo de Menes, lo mismo que hoy, hizo que adoptaran el escarabajo como emblema de *resurreccion*.

El caracol que, durante el invierno parece privado de vida y solo se reanima en la primavera, era tambien entre los Celtas el emblema de la resurreccion de los cuerpos: por esto en las antiguas tumbas de los galos se encuentran tan á menudo toscas imágenes ó conchitas de este molusco.

La mariposa que sale de su crisálida como de una tumba, expresaba la misma idea entre los antiguos griegos. Minerva comunica la vida á la Galatea de Pigmalion poniéndole en la cabeza una mariposa.

Los escarabajos de jaspe verde que se hallan en las momias, expresaban, dice M. de Rougé, el profundo pensamiento de que aun en la muerte misma reposaba la esperanza de la inmortalidad.

El escarabajo con cabeza de pájaro figuraba la reunion del alma y del cuerpo en la vida celeste.

H. M.

(Se continuará.)

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuacion.)

Pero en este momento la caballería polaca salió de la aldea. A su cabeza marchaba el parlamentario, e cual con grandes gritos, excitaba á los suyos á que atacaran á los húsares.

— ¡Rothsattel! gritó una voz fresca y lozana muy cerca de Antonio.

Y á la cabeza de una compañía de húsares, un arrogante oficial se presentó ante la caballería de los insurgentes. Fink hirió mortalmente con su carabina al coronel polaco.

— Os doy gracias, gritó este bamboleándose encima de su caballo.

Y reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban, descargó su pistola contra el jefe de húsares que avanzaba hácia él.

El húsar herido en el pecho, cayó desplomado al suelo, mientras el caballo del polaco llevaba á su jinete moribundo.

Al cabo de algunos minutos las avenidas del castillo estaban despejadas. La noche favorecía la fuga del enemigo. Los árboles de la selva ofrecieron un asilo protector á los hijos del país. Los vencedores persiguieron en pequeñas partidas la retaguardia de los insurgentes.

Delante del castillo, Antonio arrodillado, sostenía en sus manos la cabeza del húsar. Arrasados en lágrimas sus ojos se dirigían al moribundo y á su amigo, el cual con doloroso interés se mantenía cerca del círculo que formaban un grupo de oficiales.

Los gritos de victoria habían cesado; los aldeanos, entregados á un sombrío silencio, rodeaban al moribundo oficial. Finalmente algunos le levantaron y le condujeron en sus brazos al castillo.

En el vestíbulo, cerca de la escalera, aguardaba el baron con su hija para saludar á sus huéspedes como amigos y libertadores. Cuando Leonor divisó al herido, se precipitó en medio de los que le conducían, que depositaron en silencio el cuerpo á los pies del baron. Leonor cayó de espaldas dando un grito aterrador.

— ¿Qué sucede? preguntó el pobre padre ciego, gimiendo y tendiendo sus manos á todas partes.

Nadie le contestó. Todos retrocedieron heridos de espanto.

— ¡Padre mio! murmuró el herido arrojando bocanadas de sangre.

— ¡Mi hijo! ¡hijo mio! gritó el barón fuera de sí y doblándosele las rodillas.

El joven teniente no había permanecido inactivo en su guararnición; se sintió irresistiblemente atraído por el deseo de formar parte del ejército que se reunía inmediato al país en que moraba su familia. Había obtenido el permiso de agregarse á un regimiento al que no pertenecía y de acompañar al escuadrón enviado en auxilio de su familia.

Había querido causar una sorpresa á sus padres, y hé ahí que al mismo tiempo que acudía en su socorro, les presentaba también su pecho ensangrentado y la muerte para sus corazones.

Un lúgubre silencio reinaba entonces en el castillo. La tempestad había cesado de rugir. Los árboles en flor habían esparcido sus blancas corolas, que formaban en el suelo, á la pálida luz de las estrellas, un blanco cendal.

¿En qué os habeis convertido, hermosos ensueños de un pobre ciego que ha cometido falta sobre falta y que ha sufrido tanto para realizar sus brillantes proyectos? ¡Escucha, desgraciado padre, reprime tu aliento! ¡El huracán no sopla ya en el castillo ni en las cimas de los árboles, y sin embargo no oyes ya el sonido de la única voz que te guiaba, cuando hacías siempre castillos en el aire rodeado de tus pergaminos; no sientes ya latir el corazón de tu hijo único, del primer heredero del mayorazgo de Rothsattel!

SEXTA PARTE.

I.

Tristes días vinieron á lucir para el castillo, días cuya rudeza tuvieron que soportar todos los que se abrigaban dentro de sus muros. El dolor atormentaba como un gusano roedor á la familia del barón. Desde la hora fatal en que el hijo moribundo había sembrado el luto en la casa de su padre, el barón no salió mas de su aposento. La poca fuerza que le quedaba había desaparecido: el mal estaba mas bien en el alma que en el cuerpo; permanecía días enteros en silencio con la vista fija, y ni los ruegos de Leonor ni la presencia de su esposa bastaban para distraerle.

Cuando fueron á anunciar á la baronesa la nueva del terrible acontecimiento, Antonio temió que el débil lazo que sostenía su existencia se rompiera, y durante algunas semanas Leonor no se separó de su cabecera. Pero con grande admiración de todos, sucedió lo contrario. El estado de su marido ocupó de tal manera su alma, que al parecer olvidó su propio dolor y su debilidad. Se mostró mas fuerte que hasta entonces, ocupada por completo en asistir á su esposo, tomó sobre sí el cuidado de pasar horas enteras al lado de su sillón. El médico, sin embargo, miraba significativamente muchas veces á Antonio moviendo la cabeza, y decía que era preciso no fiar demasiado en aquella súbita mejoría.

Leonor, en las primeras semanas que siguieron á la muerte de su hermano, no estaba visible casi para nadie. Cuando por casualidad se la veía fuera del aposento de los enfermos, no hacía mas que contestar brevemente á las preguntas que se le hacían sobre su salud, ó bien suplicaba á Antonio que mandara á buscar el médico.

La ruin primavera que acababa de pasar fué seguida por un verano tempestuoso. La propiedad no tenía nada que temer de los furiosos de la guerra civil, pero la pesada carga del tiempo abrumaba penosamente á toda la casa.

En aquella soledad, en medio de los bosques, resonaba cada día el sonido del tambor ó los acentos bélicos del clarín. Había en la aldea y en el castillo guararniciones que se relevaban con frecuencia. Antonio tenía mucho que trabajar para el alojamiento de hombres y caballos y proveer á sus necesidades. Bien pronto se agotaron los recursos del castillo: sin el concurso de Fink, que pagó su arrendamiento por adelantado, hubiera sido imposible atender á los gastos. Los trabajos de la granja marchaban todavía sin regularidad. Mas de una fanega de tierra se veía hollada por hombres y caballos; la obligación de facilitar bagajes impedía que los carros se emplearan en las labores del campo: los mismos campesinos se habían vuelto mas salvajes en aquellos tiempos de revueltas, y perdían la afición á las tareas regulares del campo. Logróse, sin embargo, mantener el orden, y los trabajos del año se ejecutaron con sujeción al plan trazado en la primavera.

El establecimiento de los prados marchaba mucho mejor. Todos los trabajadores que Fink había conducido no permanecieron allí, pero fueron reemplazados por otros que hicieron sus pruebas. El número de chaquetas grises y sombreros negros aumentaba de día en día, y se hablaba en todo el contorno de la guardia de M. de Fink como de una valiente compañía con la cual no convenía medir las fuerzas. Fink estaba ausente con frecuencia: había contraído amistad con muchos oficiales, había renovado antiguos conocimientos, recorría el país y seguía con celo las operaciones militares, habiendo tomado parte como voluntario en la batalla librada á los insurgentes á pocas millas de la propiedad. Su defensa del castillo había hecho de él en las cercanías un personaje temible, tan odiado por el partido enemigo como admirado por el suyo.

Algunas semanas despues del salvamento del castillo, Leonor se dirigió hácia la puerta del patio, delante de

la cual Antonio estaba hablando con el guardabosque. Sus ojos se dirigieron al otro extremo del corral, donde había ahora una bomba, y por encima del vallado despojado de la tierra, miró al campo que brillaba con toda la verde lozanía de un verano naciente. Al fin dijo suspirando:

— El verano ha vuelto, Wohlfart, y no nos hemos apercebido de ello.

Antonio examinó con solicitud su pálido semblante. — Fuera, en la selva, todo está hermoso ahora: ayer estuve en casa del guardabosque; despues de la última lluvia, los árboles y las flores están en toda su lozanía. ¡Si pudiérais decidir os á salir una sola vez!

Leonor hizo un movimiento de cabeza negativo.

— ¿A qué ocuparse de mí? dijo con amargura.

— Ante todo, escuchad una noticia que el guarda acaba de comunicarme, continuó Antonio. El hombre á quien vuestra bala hirió era el miserable Bratzky. No le matéis. Si acaso era esto un motivo de disgusto para vos, puedo libraros de esta pesadumbre.

— ¡Dios sea bendito! exclamó Leonor juntando las manos.

— La noche que el guarda vino al castillo, vió ya al bribón sentado en la taberna con un brazo en cabestrillo. Ayer fué conducido á Rosmin por nuestras tropas como prisionero.

— Sí, dijo el guarda acercándose, una bala no le hace nada; tiene aspiraciones mas elevadas.

Y se pasó la mano al rededor del cuello haciendo el ademán de ahorear á un hombre.

— Eso me atormentaba día y noche, dijo Leonor por lo bajo á Antonio; yo me creía condenada: en la oscuridad me perseguían horribles visiones, el sueño huía de mis párpados y daba voces. Yo veía siempre á ese hombre delante de mí, cerrando el puño y cayendo anegado en la sangre que salía de su herida. ¡Oh! Wohlfart, ¡de cuántas cosas hemos sido testigos!

Se apoyó en la puerta y miró fijamente delante sin derramar una lágrima. En vano Antonio procuraba consolarla: apenas oía sus palabras.

La herradura de un caballo resonó en las baldosas: conducían el caballo castaño de Fink.

— ¿Dónde va á caballo? preguntó Leonor con viveza.

— No sé, contestó Antonio; ahora sale mucho: yo estoy algunas veces días enteros sin verle.

— ¿Qué haría entre nosotros? dijo Leonor: nuestra desgraciada casa no es un sitio á propósito para él.

— Si á lo menos quisiera velar por su seguridad, dijo el guardabosque; los Tarow están furiosos contra él; han jurado darle un balazo, y él siempre va solo á caballo durante la noche.

— Es inútil hacerle ninguna advertencia, dijo Antonio.

No obstante, como vió al mismo tiempo á su amigo que salía de la casa:

— Sé al fin razonable, Fritz, le dijo, no hagás tus correrías solo, á lo menos por los campos de Tarow.

Fink se encogió de hombros.

— ¡Ah! nuestra señorita está aquí. Hace ya mucho tiempo que no teníamos el placer de verla. El tiempo se nos hacía muy pesado no disfrutando de su compañía.

— Escuchad los consejos de vuestro amigo, contestó Leonor inquieta, y guardaos de los malvados.

— ¿A qué viene eso? repuso Fink. Ahora no hay que temer los peligros de un combate, y guardarse de los cobardes bribones que se ocultan detrás de un árbol, nadie puede hacerlo en estos tiempos, pues sería imponerse una obligación demasiado penosa.

— Si no lo haceis por vos, pensad á lo menos en la inquietud de vuestros amigos, dijo Leonor con voz suplicante.

— ¿Todavía tengo amigos? preguntó Fink riendo. Muchas veces me ha parecido que me eran infieles. Mis buenos amigos pertenecen á esa clase de gentes que se consuelan con facilidad. Nuestro respetable Wohlfart meterá en su bolsillo un pañuelo blanco y adoptará un aire solemne, si me ocurre alguna desgracia, y mi otro compañero de armas se consolará todavía mas fácilmente. Adelante, gritó montando á caballo, y partió haciendo un ligero saludo con la cabeza.

— Se dirige derechito á Tarow, dijo sacudiendo la cabeza el guardabosque, que le había seguido con la vista.

Leonor volvió á entrar silenciosa en el aposento de sus padres.

La noche estaba ya adelantada, y todas las luces del castillo apagadas hacia ya largo rato; una cortina se movía en una ventana, y una mujer aguardaba con ansiedad el ruido de los pasos de un caballo que debía volver. Las horas se sucedieron, y la ventana no se cerró hasta por la mañana, cuando un caballero se detuvo delante de la puerta y condujo por sí mismo el caballo á la cuadra, tarareando una canción. Despues de una noche pasada en vela con inquietud, Leonor posó en las almohadas su abrumada cabeza.

Así se pasaron algunos meses. Al fin el barón, apoyado en un bastón y en el brazo de su hija, bajó algunas veces para respirar un aire mas libre que el de su aposento: entonces se sentaba silencioso á la sombra de los muros del castillo, donde buscaba con amargo placer las bagatelas que podían facilitarle ocasion de gruñir. Durante estas horas los aldeanos no se excusaban de dar un gran rodeo para evitar su encuentro. Antonio, que no hacia lo que ellos, era siempre la víctima en quien el barón descargaba todo el peso de su mal humor.

(Se continuará.)

Un día en Palermo.

IMPRESIONES DE VIAJE. — LA MORRA.

En enero del año 1845 llegaba yo á la vista de la capital de Sicilia. El vapor que nos conducía á Oriente se detenía en Palermo hasta el día siguiente. Despachada la visita de la policía y los aduaneros, me apresuré yo á saltar á tierra, á fin de aprovechar el poco tiempo que tenía para recorrer esa ciudad célebre. Sin mas equipaje que mi capa, entré en una de esas embarcaciones que se llaman *gazzi*, y nos dirigimos hácia la batería llamada de la *Garitta*.

Viendo Palermo por el lado del mar, no se sospecharía que es una de las principales ciudades de Italia, la mas populosa despues de Nápoles, pues cuenta 200,000 habitantes.

Situada en un llano ligeramente inclinado hácia el mar, cuyas olas vienen á estrellarse al pié de la ciudad, no deja distinguir mas que el cortinaje de casas que forma su lado N. N. E.; las altas montañas que la rodean como las gradas de un anfiteatro de titanes, resplandecen de vegetación y están cubiertas de aldeas, cuyas blancas casitas relucen á los rayos del sol.

A medida que uno se acerca á la ciudad se van observando los detalles de ese soberbio panorama realzado al Este por las risueñas colinas de *Bagheria*, y al sudoeste por la montaña de *Monreale*; pero así que se entra en Palermo por la *Porta-Felice*, el encanto del paisaje cede el lugar á la admiración que se experimenta ante esa ciudad magnífica donde los suntuosos palacios, los templos, los monumentos públicos, contribuyen al efecto de una disposición regular y simétrica.

Diez grados mas arriba en el meridiano, Palermo, sin sol, dejaría frio al artista cuyo ojo no se acostumbra jamás á esas líneas, tristes á fuerza de ser correctas.

Pero ¡cuán luego desaparece la monotonía de esas enormes arterias que se llaman las calles de Toledo y de Macqueda, en medio de ese maravilloso conjunto de mármoles, de fuentes frescas y de ninfas cuya urna no cansa jamás el brazo! El lujo de las iglesias, las tiendas tan pintorescas, las flores en los balcones, las oposiciones de sombra y de luz, y sobre todo esa población meridional de 200,000 almas que vive fuera, todo eso abre el corazón á dulces inspiraciones y no hace echar de menos las ciudades del Norte.

Uno de los encantos y de las mas notables ventajas de Palermo, es la gran cantidad de agua pura y fresca que brota en el seno mismo de la ciudad ó á la falda de sus montes. El agua de estos manantiales, encauzada primeramente en canales, tiene que subir á veces á pirámides de fábrica de muchos metros de altura que llaman *Giarrí*, de la palabra árabe *djaryah* (corriente de agua) y que encierran muchos tubos verticales. Al caer de nuevo en estos tubos, el fluido recobra la fuerza que había perdido con su roce en los acueductos horizontales. Por medio de esta construcción hidráulica tan sencilla como antigua (es cuando menos del tiempo de la dominación árabe), el agua despues de haber hecho una legua de camino, se eleva en la población como al nivel de su manantial, de cuyo modo puede subir hasta los sextos pisos y suministrar en abundancia á los habitantes de Palermo esa primera necesidad de la vida sin mas trabajo que el de abrir una llave.

Como para dar una idea ostensible de esa inapreciable felicidad, han tenido la feliz idea de elevar una fuente gigantesca en la plaza de las Casas consistoriales, toda de mármol blanco, compuesta de varios pilones sobrepuestos, como otras tantas fuentes unas sobre otras. La base, las rampas por donde se sube, las balaustradas caladas, todo es de mármol blanco. El monumento está poblado con algunos centenares de estatuas de divinidades, genios, náyades, tritones, hombres y monstruos marinos que viven apaciblemente bajo las órdenes de una sirena, si no me engaño. La preciosa sirena aparece en lo alto de la piedra, teniendo enfrente á santa Rosalía en pié sobre la techumbre de las Casas consistoriales. En tanto que la virgen normanda, que descendía de Roger de Hauteville, mira en silencio dos lámparas encendidas de día y de noche á sus piés, la encantadora griega se divierte en su elemento: derrama tesoros de agua que caen sucesivamente de pilón en pilón, corren, se desmenuzan en lluvia fina y leve, y esparcen en su derredor una frescura deliciosa, una armonía indefinible.

Tal es la fuente llamada *Pretoria*, porque está edificada en la plaza del Consistorio, cuyo jefe, bajo una denominación romana, se intitula *pretor*.

Me detengo para no caer en una descripción detallada de Palermo, pues me propongo únicamente contar las impresiones que me dejó su visita.

Era un domingo, que es una verdadera fiesta en el país. Oficinas y talleres están cerrados y hasta las infinitas tiendas de la calle de Toledo observan el día feriado, y en lugar de las muestras, los paseantes se divierten en mirar los coches de la aristocracia, los trajes de la gente opulenta, ó el bonito atavío de las mujeres del pueblo, hermosas con su modesto vestido de percal y bajo su velo de muselina blanca que hace resaltar sus cabellos negros como el ébano y sus ojos mas negros todavía.

El primer pensamiento en estos días es para Dios. Las puertas de las iglesias están abiertas y la muche-

dumbre se renueva en ellas sin cesar. En Palermo abundan las iglesias, los conventos y los frailes.

Curioso es observar en las dos calles de Toledo y de Macqueda las largas galerías enrejadas, practicadas á lo largo y sobre las techumbres de las casas que sirven de paseo á las reclusas de los conventos, que en su cárcel perpétua, tienen esa vía de comunicación con un mundo del que ya no forman parte. Estos conventos, en su mayor parte, poseen grandes riquezas, y para convenirse de ello no hay mas que mirar el oro, la plata y las pederías que brillan en sus iglesias.

Palermo carece de jardines; pero como no tiene mas de una milla de largo, sobre otro tanto de ancho, se atraviesan pronto sus puertas y se está en la campiña.

Además del jardín público situado al extremo oriental de la ciudad, y donde los domingos toda la población palermitana se reúne á escuchar la música y á respirar el aire embalsamado de ese precioso lugar que tiene siempre árboles verdes, aun en el corazón del invierno, las inmediaciones de la ciudad forman una continuidad de jardines rebosando aromas, entre los cuales dominan la violeta y el azahar.

Mucho sentía yo no poder detenerme algunos días en Palermo para contemplar á mis anchas aquella preciosa campiña mas viva en vegetación en el mes de enero, que lo son las del Norte en el mes de mayo.

Sin embargo, di una vuelta por los baluartes exteriores de la ciudad, y eran ya las dos de la tarde. La gente del pueblo iba á concluir la fiesta á las tabernas campestres, y despues de haber hecho una frugal comida, todos bebían en abundancia el exquisito vino que produce la Sicilia.

Si en general el pueblo es desgraciado en todas partes (hablo de los proletarios que viven al día), el de Palermo no me parecía mucho mas feliz. Y sin embargo, al ver á tantas personas en torno de las mesas bebiendo alegremente y jugando, mi corazón se oprimía, comparando aquel gozo de un momento con los dolores de todos los días, con las privaciones, el hambre que quizás sufrían la mayor parte de ellas. Por otra parte pensaba yo, ¿no es una dicha que el pueblo pueda olvidar así durante algunas horas sus desgracias, aletargando en la embriaguez el sentimiento de sus penalidades? Tales eran mis ideas á la vista de aquel espectáculo,

cuando tomé la resolución de penetrar en una de aquellas tabernas, menos por tomar un bocado, que para observar sentado en un rincón el cuadro que se desarrollaba á mi vista.

Rara vez entraban en la taberna solo á beber, sino que jugaban el vino que bebían, al curioso y pintoresco juego de la *morra*. Sabido es que este juego se juega entre dos, si bien pueden sucederse los jugadores. No hay naipes ni dados en este juego primitivo: las dos manos bastan y con una también puede jugarse. Consiste simplemente en decir á un mismo tiempo las dos personas que en él toman parte un número que no pase de diez, señalando otro número arbitrario con los dedos. Si la suma de los dedos que ambos jugadores alzaron conviene por el número dicho por alguno de ellos, este gana el juego.

En menos tiempo del que se necesita para leer estas breves líneas que explican el juego, dos palermitanos hacen una partida de cinco puntos, tal es la velocidad con que mueven los dedos. Sus fisonomías movibles se animan, brillan sus ojos y toda su vida se concentra, digámoslo así, en sus miradas. Parece que tienen el



SICILIA. — El juego de la *Morra*.

arte de adivinar en la mirada y en los labios de su adversario el número que este debe marcar con sus dedos, y el hacer la suma y proclamar el resultado es cosa de un instante. Hasta el ademán de las manos que se encuentran y se cruzan á cada momento sobre la mesa, las voces agudas ó furiosas con que cuentan los números, tienen algo de original, casi diría de salvaje, si los sicilianos no se contaran entre los pueblos mas listos y caballerescos de la Italia.

Parece ser que el juego de la *morra* es antiquísimo en Sicilia; la gente del país dice que estaba en boga entre los reyes de la isla. Pertenece, pues, al período fabuloso de la historia. La tradición contemporánea cita al rey Fernando I como muy apasionado á la *morra*, que jugaba con los campesinos.

Una de las consecuencias naturales de este juego son las riñas. Animados los jugadores por las libaciones continuas del vino del país, suelen echar mano á los puñales, pues si hay jugadores hábiles que tienen mucha destreza para adivinar el número que indicara su adversario, los hay también que le ven muy claro en la mano de un jugador novicio ó distraído, y cuando se

nota la astucia, ó mejor dicho, el robo, las voces antes apacibles vomitan injurias é imprecaciones, y gracias cuando la sangre no viene á poner un término á la disputa.

En la taberna donde yo estaba ví que de repente dos jugadores se levantaron furiosos y con el semblante enardecido por la ira y el vino, echándolo todo á rodar, bancos y mesas, botellas y vasos, hasta que se agarraron cuerpo á cuerpo, en tanto que las mujeres gritaban y forcejeaban para impedir la lucha. Cinco minutos despues todo volvía á estar en paz y continuaban jugando y bebiendo.

— Me alegró mucho que se haya acabado así, dije yo, y me apresuré á salir de la taberna.

Y llegando la noche tomé otra vez la barquilla para irme á bordo. La luna resplandecía en un cielo estrellado y claro como un cielo de estío. El vasto golfo de Palermo, orlado á un lado por el monte *Pellegrino* y al centro por el cabo *Zafferano*, que entrambos se confundían en la curva del horizonte, y aquella mar tersa y serena como un espejo, ofrecía entonces la imagen de un vasto lago surcado en todos sentidos por las lanchas

de los pescadores nocturnos. Estas lanchas llevan á proa unas luces á cuyo beneficio se puede descubrir la pesca, luces que se reflejan en el vasto espejo del mar en largos rastros de fuego.

Embozado en mi capa y mecido por el movimiento de la barca y por el ruido monótono de los remos, mezclado con el canto mas monótono aun del marinero que me guiaba, miraba yo casi maquinalmente las innumerables luces que alumbraban la ciudad y la larga hilera de faroles de la calle de Toledo que, desde mi barca, me parecía una procesion nocturna y fantástica. Todo en fin, respiraba la calma y la paz.

Pero un violento sacudimiento me sacó de mi éxtasis. La proa del barquichuelo habia tocado en el vapor: mi viaje de un día estaba terminado. La humedad de la noche me hizo apresurarme á buscar mi cama, en la cual me dormí con un sueño profundo.

Al día siguiente ya no aparecía de Palermo y de la costa de Sicilia mas que un punto vago que se perdía en el horizonte como el blanco humo del vapor se perdía en los aires: estábamos á muchas leguas en alta mar bogando hácia el Oriente.

F. V.